

EUGENIO COSERIU

SOBRE LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA NACIONAL.
PROBLEMAS, PROPUESTAS Y PERSPECTIVAS

Separata de PHILOGICA II

1989 (33-37)

SALAMANCA, 1989

Sobre la enseñanza del idioma nacional

Problemas, propuestas y perspectivas

«Scientia, quo magis theorica,
magis practica» (*Leibniz*)

1. Los problemas de la enseñanza del idioma nacional suelen plantearse ante todo con respecto a «cómo enseñarlo». Y el «cómo» se entiende en dos sentidos diferentes, pero que a menudo se identifican o se confunden: se refiere, en efecto, por un lado, al método didáctico (método de transmisión de conocimientos), por el otro, al método analítico, es decir, de descripción y análisis del objeto que ha de enseñarse (método para identificar los «hechos» que se pretende transmitir). Así, tanto en lo didáctico como en lo analítico, se han aplicado en las últimas décadas en la enseñanza idiomática, aisladamente o combinados, varios métodos: en lo analítico, prácticamente todos los métodos mejor conocidos, desde la gramática tradicional (en particular, en su forma normativa) hasta la gramática transformacional y la pragmática. Y hay que admitir que todos esos métodos han fracasado o, por lo menos, no han logrado los resultados deseados; ello, extrañamente, en particular en el campo propio del idioma nacional, y mucho menos en el de los idiomas extranjeros.

Ya por 1920 Américo Castro lamentaba el «desconocimiento del español» entre los españoles cultos y observaba que también las personas con educación universitaria, incluso los egresados de las Facultades de Letras, escribían «mal». Y en tantos años la situación no ha cambiado mucho, a pesar de la aplicación de nuevos métodos didácticos y analíticos: en los países hispánicos, sin excluir a España, se sigue escribiendo «mal» en niveles culturales en que en otros países lo corriente es que se escriba «bien» o, al menos, «correctamente», esto es, en forma aceptable. Los ejemplos abundan: desde los periódicos hasta las tesis doctorales y los trabajos científicos. Se trata, pues, en gran parte, de una situación específicamente hispánica que es preciso analizar. ¿Dónde estarán las deficiencias y las dificultades? ¿Habrá que buscarlas por el lado de los métodos de la enseñanza y de los objetivos de ésta o por el lado del objeto mismo que se pretende enseñar? Puesto que los resultados, aun en los países hispánicos, son, en su conjunto, mejores en lo que concierne a los idiomas extranjeros, lo que cabe suponer es que los males no están en los métodos como tales sino que se hallan más bien del lado del objeto y de los objetivos de la enseñanza en este caso; y que, en parte, se deben también a una peculiar actitud hispánica frente a esa forma fundamental de la cultura que es la lengua nacional.

2.1. Ya el plantear el problema de la enseñanza primariamente como problema de método es un error de perspectiva; error casi sin consecuencias en otros casos, en que los problemas previos se resuelven sin dificultad o se hallan implícitamente resueltos, pero con consecuencias muy graves en el caso particular del idioma nacional. En rigor, el problema de la enseñanza debe plantearse ante todo como problema del «qué», o sea, del objeto que ha de enseñarse, y del «para qué», es decir, de los objetivos de la enseñanza.

El problema de los métodos es racionalmente secundario, no por ser menos importante sino porque sólo puede plantearse con sentido después de la delimitación del objeto y de los objetivos de la enseñanza. En efecto, los métodos analíticos se valoran por su adecuación al objeto; y los métodos didácticos, por su adecuación a los objetivos. Tenemos, por tanto, el siguiente orden racional:

- a) Delimitación del objeto que debe enseñarse.
- b) Determinación de los objetivos de la enseñanza.
- c) Determinación de los métodos adecuados para el análisis del objeto.
- d) Determinación del método didáctico.

2.2. El objeto debe abarcar: a) aquello que los alumnos simplemente no saben; b) aquello que sólo saben de manera intuitiva y que hay que llevar al plano de la reflexividad. Y la finalidad de la enseñanza debe ser el manejo reflexivo, por parte de los alumnos, tanto de lo ya sabido como de lo aprendido. Desde los dos puntos de vista, la enseñanza de los idiomas extranjeros se encuentra en una situación más favorable que la del idioma nacional. Para la enseñanza de idiomas extranjeros, el objeto está delimitado de antemano: se trata, en cada caso, de una lengua, en una forma, por lo común, bien determinada y que puede estudiarse contrastivamente (a partir de la lengua nacional, que se da por sabida); y la reflexividad se da en este caso casi automáticamente, por el hecho mismo de tratarse de materia no conocida antes de su aprendizaje. En el caso del idioma nacional, en cambio, el objeto, por un lado, sobrepasa a la «lengua» como tal y, por otro lado, no está bien delimitado en el plano mismo de la lengua. Por lo mismo, los objetivos de la enseñanza quedan imprecisos. Con frecuencia se parte de la idea de que el alumno conoce ya la lengua nacional y se le enseña sobre todo un método para describirla y analizarla; método que las más de las veces se reduce a una nomenclatura para hechos que se suponen sabidos o intuitivamente identificados. O sea que los alumnos no aprenden «lenguaje» sino más bien un «metalenguaje» lingüístico y gramatical (es, más o menos, lo que A. Castro quería decir con lo de que se enseñaría «gramática» y no «lengua»).

3.1. Ante todo, el saber hablar no es sólo «lengua». En el saber lingüístico del que los hablantes hacen uso al hablar, en la llamada «competencia», hay que distinguir, como en el lenguaje en general, un plano biológico y un plano cultural; y en el plano cultural hay que distinguir tres escalones: el *universal*, el *histórico* y el *particular* o circunstancial. En el plano biológico, el saber lingüístico es *saber psico-físico*: poder manejar los mecanismos psico-físicos del hablar; en el plano cultural, es, de acuerdo con los tres escalones: *saber elocucional* (saber hablar en general), *saber idiomático* (conocer un idioma determinado) y *saber expresivo* (saber estructurar discursos en situaciones determinadas). La suficiencia del saber lingüístico manifestado en el hablar en estos planos y escalones es lo que puede llamarse (y a menudo se llama), respectivamente, lo *normal*, lo *congruente*, lo *correcto* y lo *apropiado*.

3.2. El objetivo de la enseñanza del lenguaje en general es el de alcanzar la suficiencia (la conformidad con las normas) en cada uno de estos planos y escalones. Es cierto que lo «normal» no es asunto del profesor de idioma, pues corresponde más bien a disciplinas pertenecientes a la medicina; sin embargo, los maestros de primaria y aun los profesores de idioma se ven a menudo obligados a (tratar de) corregir también vicios «biológicos». En el plano cultural, en cambio, se supone tácitamente, dada la reducción general de la educación lingüística (en particular, por la decadencia de la retórica), que el profesor de idioma nacional debe atender también al saber elocucional y al saber expresivo: o sea que se le exige ser profesor de «lenguaje», no sólo de «idioma».

4.1. Ahora bien, las deficiencias más graves del hablar español en los países hispánicos corresponden al saber elocucional y, en menor medida, al saber expresivo. Casi todos los ejemplos que se aducen de un «escribir mal» en español son en realidad ejemplos de incongruencia y, en ocasiones, de impropiedad expresiva: no se trata, en rigor, de «desconocimiento del español» sino, en la mayor parte de los casos, de desconocimiento o descuido de normas elocucionales o expresivas. De aquí, en gran parte, en la enseñanza, el fracaso de los diferentes métodos analíticos y didácticos, que conciernen ante todo al plano idiomático.

4.2. Para la enseñanza del saber elocucional y del saber expresivo, el profesor de idioma nacional necesitaría, en su forma aplicada, una lingüística del hablar en general y una lingüística del discurso. Lamentablemente, la «lingüística del hablar en general» no existe como tal ni siquiera en cuanto disciplina descriptiva. Y la lingüística del discurso se está desarrollando en nuestros días como disciplina descriptiva, pero mucho menos como disciplina aplicada. El profesor de idioma nacional debe, por tanto, elaborarlas más o menos intuitivamente, de acuerdo con las necesidades inmediatas y las condiciones de la enseñanza, que es precisamente lo que se hace por tradición retórica explícita o implícita en otros países. Pero a este respecto el profesor se enfrenta, no sólo en Hispanoamérica, sino también en España, con la actitud negativa aludida más arriba. Los hablantes, aun los cultos, se conforman con hablar de cualquier modo «con tal que se entienda»; y los profesores de otras materias, aun advirtiendo a veces, en los escritos de los alumnos, errores elocucionales o expresivos, no los corrigen si el «contenido» específico de los escritos resulta aceptable: se entiende que el cuidado de la expresión está a cargo del profesor de idioma (y éste entiende con frecuencia que su tarea se limita al saber idiomático).

5.1. En el plano del saber idiomático como tal, es preciso delimitar el objeto que ha de enseñarse dentro de la variedad de la lengua histórica. En efecto, en este plano el español se presenta, precisamente, como *lengua histórica*, o sea, como lengua establecida históricamente y delimitada como tal frente a otras lenguas, pero con notable variedad interna diatópica (en el espacio), diastrática (en los estratos socio-culturales de las comunidades hispánicas) y diafásica (según las circunstancias del hablar): es un conjunto complejo de «dialectos», «niveles» y «estilos de lengua» que, en cada caso, interfieren unos con otros. Además, por encima de los dialectos primarios, tenemos la *lengua común española*; y por encima de la variedad regional y cultural de la lengua común, la *lengua ejemplar*. ¿Qué tipo de español deberá enseñarse? La lengua histórica es objeto de la lingüística, pero no puede ser objeto de la enseñanza, de la educación idiomática. Lo que hay que enseñar es: a) el español ejemplar actual; b) la lengua de la tradición cultural común (o que se quiere que sea común) de las comunidades hispánicas.

5.2. Aquí, sin embargo, nos encontramos con nuevas dificultades que conciernen a la enseñanza del idioma nacional en general y a la del español en particular. En general, la enseñanza del idioma nacional es mucho más compleja que la de un idioma extranjero. Para los idiomas extranjeros, nos limitamos comúnmente a una determinada ejemplaridad actual. En el caso del idioma nacional, en cambio, hay que enseñar también la lengua de la tradición cultural, o sea, varias ejemplaridades pretéritas. Por otra parte —y esto se refiere ya a lo propio del mundo hispánico—, los idiomas extranjeros que se enseñan en la escuela se hallan mucho mejor fijados que el español y, en parte, se presentan como más unitarios en su nivel de ejemplaridad. En español, por un lado, lo ejemplar no está claramente fijado en sus formas, contenidos y procedimientos; por otro lado, en el mundo hispánico tenemos una serie de ejemplaridades regionales y, al mismo tiempo, por lo menos como tendencia, una «superejemplaridad» hispánica (en la morfosintaxis y en el léxico, aunque no en la

fonética). Por tanto, si en el caso de un idioma extranjero podemos limitarnos a una sola ejemplaridad relativamente bien conocida, dejando a los especialistas el cuidado de otras ejemplaridades y de la lengua de la tradición cultural correspondiente, lo mismo no puede hacerse para el idioma español. En este caso hay que enseñar una ejemplaridad todavía vacilante y, al mismo tiempo, al menos lo esencial de otras ejemplaridades, en la medida en que ello es necesario para la adquisición de la cultura panhispánica.

5.3. También en este plano habrá que distinguir entre lo que los alumnos simplemente *n o s a b e n* y lo que no saben de manera reflexiva. Se ha sostenido que habría que «enseñar lengua y no gramática»: frase infeliz, por ser cierta y falsa al mismo tiempo. Es cierto que hay que enseñar *l e n g u a*, porque los alumnos no saben *t o d a* la lengua que se les debe enseñar sino sólo una pequeña parte de ella. También es cierto que, en la enseñanza media, no cabe enseñar gramática como disciplina y nomenclatura gramatical: lo que hay que enseñar es el saber idiomático como tal, que implica el conocimiento de las estructuras y procedimientos gramaticales de la lengua correspondiente. El objetivo de la enseñanza idiomática no es que los alumnos se conviertan en lingüistas y gramáticos, sino que adquieran conocimiento reflexivo y fundado de las estructuras y posibilidades de su lengua y lleguen a manejarlas de manera creativa. Pero, si la gramática (como *d i s c i p l i n a g r a m a t i c a l*) no puede ser el *o b j e t o* propio de la enseñanza idiomática —siendo éste el saber idiomático, la lengua—, la misma gramática puede y debe ser su *i n s t r u m e n t o*, ya que representa precisamente el paso de un conocimiento intuitivo a un conocimiento reflexivo, es decir, fundado y justificado. Lo mismo cabe decir de la lingüística en general, que, en este nivel, sólo puede ser instrumento y no objeto de estudio. Y aun la gramática como nomenclatura no es de ningún modo superflua; pero sirve sólo después del paso de lo intuitivo a lo reflexivo: para fijar un conocimiento ya adquirido.

6.1. Los métodos analíticos subyacentes a la aplicación en la enseñanza deben corresponder en cada caso al objeto que se estudia. En nuestra opinión, la gramática transformacional corresponde al plano del hablar en general y, por tanto, al saber elocucional; la gramática funcional, al plano de las lenguas y del saber idiomático; y la lingüística del texto, al plano de los discursos y del saber expresivo. En particular, la gramática transformacional, bien entendida y hecha con plena coherencia, no es —ni siquiera cuando se la aplica a tal lengua determinada— estudio efectivo de una lengua en cuanto saber propiamente idiomático, sino que es más bien estudio del «hablar *p o r m e d i o* de una lengua»; pero, precisamente por ello, contiene importantes atisbos concernientes al saber elocucional: atisbos que habría que explicitar, ordenar, completar y desarrollar.

6.2 Por su parte, los métodos didácticos deben corresponder a los objetivos de la enseñanza. Si se admite que los objetivos han de ser los que hemos indicado, ello significa que el profesor de idioma nacional, además de poseer el saber lingüístico en las tres formas que debe transmitir, debería conocer la gramática transformacional (en la medida en que ésta coincide con una gramática del hablar en general), la gramática funcional de varias formas del español y la lingüística del texto, pero no debería enseñarlas como tales: debería más bien aplicarlas con tino, mediante ejercicios prácticos y comentarios, para llevar a los alumnos del conocimiento intuitivo al conocimiento reflexivo del lenguaje y para estimular en ellos la creatividad lingüística.

7. El programa que se acaba de delinear, con los objetivos que hemos propuesto, es, sin duda, inmenso. Pero nos parece necesario ante la situación actual de la educación

lingüística en el mundo hispánico. Entre otras cosas, nuestro programa implica: a) que a la enseñanza idiomática debería dedicársele en las escuelas mucho más tiempo del que actualmente se le dedica; b) que los profesores de cualquier asignatura deberían ser al mismo tiempo «profesores de lenguaje» y atender también a la expresión lingüística en cada una de sus disciplinas; c) que habría que combatir públicamente la actitud negativa frente a la educación lingüística en nuestros países.

EUGENIO COSERIU
Universidad de Tübingen

Eugenio Coseriu

La stagione delle piogge

Racconti e scherzi

Con cinque disegni di Nerses Ounanian

I racconti e scherzi raccolti in questo volume sono stati pubblicati tra il 1946 e il 1950 sul *Corriere Lombardo* e su *L'Europeo*. Alcuni di essi (i numeri 1, 8, 9 e 12) sono apparsi anche in traduzione spagnola, a Montevideo, negli anni 1950-1951.

Si ristampano ora, con qualche lieve ritocco, per familiari, amici e colleghi.

E. C.

© 1988 · Eugenio Coseriu, Tübingen
Alle Rechte vorbehalten. Nachdruck oder Vervielfältigung auch
auszugsweise, in allen Formen wie Mikrofilm, Xerographie, Mikrofiche,
Mikrocard, Offset verboten.

Printed in Germany

Cavalli neri sulla strada di Pietroburgo

- **V**ieni, dice mio padre, Kalin sta male.

- E che m'importa, dico, se sta male? A me non importa proprio nulla. E poi non lo posso soffrire il tuo Kalin, è un vecchio rimbambito.

(Mio padre sorride: sono coetanei. Sarebbe vecchio anche lui? Ma lui non è rimbambito).

- Non parlare così, dice mio padre, Kalin è mio amico. E sta molto male.

Al capezzale di Kalin c'è già una dottoressa.

- Trentanove, dice mio padre. Trentanove di febbre, povero Kalin.

- Ah, sei qui, dice Kalin. Ti aspettavo. Per prendermela con te ti aspettavo. Tu sei sempre stato un bugiardo, Giovanni. Mi hai sempre detto che m'avresti ricondotto a Pietroburgo, e invece niente. Ed ecco, io ora morirò senza aver rivisto Pietroburgo. Ormai è troppo tardi. E tu sei una canaglia.

- Non arrabbiarti, Kalin. Non è troppo tardi. Vedrai che potremo ancora andare insieme a Pietroburgo. E io non sono una canaglia.

(Questo Kalin! Ma se voleva tanto rivedere Pietroburgo, perchè non c'è ritornato da solo? Chi glielo impediva?)

- Trentanove e cinque, dice mio padre.

- Senti, Giovanni, perchè non partiamo subito? - dice Kalin.

- Già, dice mio padre, perchè non partiamo subito? Chi ce lo impedisce? Faccio attaccare i cavalli alla trojka e partiamo.

- Presto, presto, dice Kalin. Se no, non rivedo Pietroburgo.

(La dottoressa sorride. Ma che ha mio padre?)

- Si parte, Kalin! Copriti bene; sulle pianure della Russia fa freddo. Presto, Kalin, i cavalli sono impazienti.

- Ma sono i nostri cavalli d'una volta, dice Kalin. Come li hai ritrovati? Tutt'e tre neri.

- Non importa come li ho ritrovati. L'importante è che corrono. Vedi come corrono?

- Vedo, dice Kalin. Sono come una volta, i più veloci cavalli del mondo. Le criniere sventolano, la neve turbinava sotto la trojka... Ma dove siamo, Giovanni?

- Siamo a Minsk. Passiamo sotto le foreste di Minsk. Non le riconosci, Kalin?

- Appena a Minsk? Sì, le riconosco, sono le foreste di una volta. Grazie, Giovanni. Quando dicevo che eri un bugiardo, scherzavo, sai? Sapevo che m'avresti ricondotto a Pietroburgo. Ma come corrono i cavalli, e la slitta sembra che non tocchi terra.

- Infatti, non tocca terra. E siamo già a Vitebsk.

- Appena a Vitebsk? Presto, Giovanni, se no, non rivedo Pietroburgo. Ricordi, Giovanni? Qui abbiamo fatto un anno di carcere. Eravamo rivoluzionari allora. Ma tu sei una canaglia, Giovanni. Tu mi hai rapito al mio destino rivoluzionario, dice Kalin.

- Non è vero, dice mio padre. Non sono una canaglia, e non sono stato io, sono state le circostanze.

- No, Giovanni, sei stato tu. E hai rinnegato anche il tuo destino rivoluzionario. E così la rivoluzione non è avvenuta.

- Ma sì, Kalin, la rivoluzione è avvenuta.

- E' avvenuta senza di noi? Lo vedi che sei una canaglia, Giovanni? Comunque, qui abbiamo fatto un anno di carcere. Ricordi Nusim il sarto, Giovanni? Che sarà di lui?

- Sarà morto, dice mio padre. Che vuoi...

- Non essere cattivo, Giovanni. Non essere la solita canaglia. Non parlarmi di morte ora che devo rivedere Pietroburgo.

- Quaranta, dice mio padre.

- Come corrono i nostri cavalli, Giovanni. Ma perchè non facciamo una scappata a Jasnaja Poljana? E' vicino.

- Non possiamo. Jasnaja Poljana rimane a destra, molto a destra, in provincia di Tula.

- E' vicino, Giovanni. Andiamo a rivedere Tolstoj. Ricordi quell'estate da Tolstoj? Eravamo stati espulsi



dall'università, ci cercavano e il conte ci aveva nascosti da lui, ricordi, Giovanni? Andiamo a rivedere Tolstoj. Poi ripartiremo subito per Pietroburgo.

- E' inutile, Kalin. Tolstoj è morto.

- Non è vero. Tu menti come sempre, Giovanni. Tolstoj non è morto. E Jasnaja Poljana è vicino, molto vicino, anzi. Si vede da qua, basta alzarsi in piedi nella trojka. Vedi la vecchia casa di campagna e Tolstoj sulla terrazza? Non lo vedi, Giovanni?

- Sì, Tolstoj è sulla terrazza. Legge e si carezza la barba. Ma non ci possiamo fermare, Pietroburgo ci aspetta e siamo già a Velikie Luki.

- Come corrono i cavalli. Sono i nostri cavalli d'una volta. E ora dove siamo?

- A Staraja Russa. Siamo a Staraja Russa, Kalin. Abbi pazienza. I cavalli corrono e presto arriveremo a Pietroburgo. Stiamo già girando il lago Ilmen e ora siamo a Novgorod.

- A Novgorod? Ricordi Olga, Giovanni? Quella ragazza bionda? Come ti piaceva.

- Ricordo, Kalin, dice mio padre. Mi piaceva. - E poi a me: - Ma non lo dire alla mamma.

- Come corrono i cavalli, Giovanni. Le criniere sventolano e la neve turbina sotto i pattini della trojka. Sono i nostri cavalli d'una volta. Ma dove siamo?

- Ancora quaranta, dice mio padre. Siamo a Pietroburgo, Kalin. Stiamo entrando a Pietroburgo. Non vedi le prime case basse della periferia?

- Sì, Giovanni. E ora ci avviciniamo al centro. Ma che cos'è questa nebbia?

- E' la nebbia di Pietroburgo, Kalin. E' la solita nebbia di Pietroburgo.

- E questo freddo? Che cos'è questo freddo, Giovanni?

- E' il freddo di Pietroburgo. Soffia il vento da Tsarskoe Selò e fa freddo. E' il solito freddo di Pietroburgo. Anche il sudore dei cavalli è ghiacciato. Vedi i ghiaccioli sulle criniere?

- ...

- Quarantuno, dice mio padre.

- E questo buio? Che cos'è questo buio, Giovanni?

- E' il buio di Pietroburgo. Ma presto si accenderanno i fanali. Vedi? I fanali sono già accesi. E già costeggiamo la Neva e in fondo si vede il Palazzo d'Inverno. Guarda quante slitte, Kalin. Senti come squillano i campanelli, guarda come sventolano i pennacchi d'argento. Ora riposeremo, Kalin, e a mezzanotte usciremo a contemplare i riflessi dell'aurora boreale.

(Corriere Lombardo, 23/24 marzo 1946; in trad. spagnola: Mundo Uruguayo, Montevideo, 12/X/1950)

Gli innocentisti

Quella sera, aveva saputo, gli innocentisti si riunivano nella casa del guardaboschi Kars. Accompagnato dal suo diavolo, Domenico vi si recò. La strada era lunga, i sentieri erano tortuosi e oscuri, ma le ali del diavolo erano potenti e non più di mezzo minuto durò il viaggio. All'ingresso della casa di legno, Domenico si fermò e bussò.

– Chi è? – domandò sospettoso il vecchio Pogon.

– Sono io, Pogon. Sono io, Domenico. Voglio venire fra voi.

– Entra, fratello – disse il vecchio Pogon e spalancò la porta; e dalla stanza fumo di resina e d'incenso e odore di mirra colpirono il volto di Domenico.

– Non ho capito, fratello – continuò il vecchio Pogon. – Che cosa vuol dire fra noi? Vuoi entrare nella nostra famiglia di beati? Altrimenti non si può.

– Sì – disse Domenico – voglio essere uno di voi. Voglio entrare nella vostra famiglia beata.

Ma il diavolo accanto a lui sghignazzò e il vecchio Pogon non lo vide e non lo sentì.

– Diletti fratelli – disse allora il vecchio Pogon, e prese per la mano Domenico –. Vi porto un nuovo fratello. Egli non ha ancora la barba e usa l'impuro sapone, mangia aglio e carne di bestia uccisa e giura ai signori della terra. Ma da oggi non lo farà più. Il rasoio non toccherà più la sua barba e le forbici non toccheranno più i suoi capelli, come non toccarono la barba e i capelli di Cristo e degli apostoli; la schiuma dell'impuro sapone non insudicerà più il suo volto, come non insudiciò il volto di Nostro Signore e quello dei Santissimi Padri della Chiesa. E l'aglio e la carne non entreranno più nella sua bocca rinnovata e la sua lingua non bestemmerà più dicendo giuramenti ai signori della terra, ma giurerà soltanto la fede nella verità rivelata al mondo da Nostro Padre Innocenzo di Balta. Ed egli non userà più specchi, nè inchiostro,

nè macchine, nessuna delle cose che sono dell'Anticristo. Salutatelo, diletti fratelli, è un'altra pecora smarrita che rientra all'ovile.

I poveri ucraini e moldavi lo guardarono fisso, con sguardi inebetiti voltarono tutti verso di lui le facce barbute.

– Domenico! – tuonò la voce del vecchio Pogon dai capelli bisunti. – Credi nella fede rivelata da Nostro Padre Innocenzo di Balta, unica e sacra incarnazione della divina Trinità sulla terra?

– Sì – disse Domenico –, credo.

Ma in cuor suo pensava: "Questa è nuova. Altrove gli innocentisti dicono che il monaco Innocenzo, assunto in cielo nell'anno di grazia 1917, quando vi fu la grande sommossa dei popoli, era l'incarnazione dello Spirito Santo. Ed ecco, invece, il vecchio Pogon, il capo degli innocentisti di questa e di altre sei vallate, dice di più, dice che Innocenzo era l'incarnazione del Padre, del Figlio e dello Spirito Santo insieme".

Il diavolo di Domenico si scosse e sghignazzò, ma i barbuti settari non lo videro e non lo sentirono.

– Domenico, giura che non entrerà più nelle chiese dell'Anticristo e non celebrerai più le sue feste diaboliche. La tua preghiera sarà la nostra, ogni sabato sera, e le tue feste saranno quelle ordinate dal Signore.

– Lo giuro – disse Domenico.

E i poveri moldavi e ucraini, con le loro donne, lo guardarono con occhi stralunati. Domenico girò lo sguardo nella stanza: su panche di legno, lungo i muri ricoperti di icone, ardevano candele, e resina e incenso ardevano in cocci di terra. Le candele illuminavano stranamente le terribili immagini: vi si vedeva l'inferno dei reprobì e il paradiso dei beati, i molti diavoli che suppliziavano i reprobì, il viaggio della Madonna nei luoghi dell'eterno pianto. In alto, sulla parete di fronte, troneggiava l'immagine di Innocenzo, monaco tenebroso con occhi di fuoco, colui che aveva predetto la sommossa dei popoli, ed era stato imprigionato, e battuto con verghe d'acciaio, e portato in catene, scalzo, su strade nevose, sino alle carceri del Mar Bianco, colui per il quale i suoi nonni tante volte avevano intrapreso a piedi il lungo viaggio fino al mo-

nastero di Balta, dove lui annunciava il prossimo avvento del regno di Cristo e la sconfitta dell'Anticristo e dei suoi servi.

Il diavolo ringhiò e rise di nuovo, ma la sua risata la sentiva soltanto Domenico.

– Ora comincerà la festa – disse il vecchio Pogon. – La nostra festa umile e innocente.

– No! – gridò il giovane Pralo, dai lunghi capelli neri e dalla barba rada. – Che Domenico si confessi prima davanti a noi tutti e ci dica perchè si è fatto beffe tante volte di noi e delle nostre piaghe, consigliandoci di usare l'impuro sapone.

– Domenico non era allora nostro fratello – disse Pogon – ma ora lo è. Ora sa che le piaghe sono punizioni che c'infligge il Signore per i nostri peccati, e che il sapone appartiene all'Anticristo. Ma ora incominciamo la festa.

– No – disse ancora il giovane Pralo, e sotto le rughe polverose il suo volto arrossì. – Devo confessarmi io. Fratelli, in me alloggia il diavolo. Ho la mia donna, che è Anna, ma il diavolo mi ha spinto a desiderare le donne altrui e a peccare con tutte. Teresa, Olga, Maria, Giuseppa, Vera, Tatiana e Ljudmila, qui presenti, con tutte ho peccato fuori delle feste, ignorando le nostre leggi. Fratelli, in me alloggia il diavolo. E ho desiderato anche Elvira, la donna di Domenico, e per questo lo odio. Fratelli, aiutatemi a scacciare il diavolo dal mio corpo.

– Legatelo al tavolo – ordinò il vecchio Pogon. – E dategli una frusta. Fratello, scaccia da te il diavolo.

Il giovane Pralo guardava con occhi stralunati e cominciò a fustigarsi.

Il diavolo di Domenico rideva.

– Anche noi! – gridarono Anna, Teresa, Olga, Maria, Giuseppa, Vera, Tatiana e Ljudmila. – Mille demoni ci tormentano.

– Tutti – disse il vecchio Pogon. – Fruste a tutti. In tutti noi alloggia il demonio.

Cominciarono allora a fustigarsi tutti, le donne e i loro mariti – Kars, Isail, Mazod, Frano, Migar, Raskol e Pana, – e tutti gli altri, uomini e donne, e il vecchio Pogon.

Il diavolo di Domenico rideva. Le fruste continuavano a colpire le carni, a lacerare le vesti di lino. Le candele ardevano ed erano a metà, il fumo d'incenso riempiva la stanza. Si vedeva appena all'altro lato, sotto l'immagine tremenda di Innocenzo, la figura di Pogon, mentre gridava: – Ancora, fratelli.

Poi disse: – Basta. Ora il demonio, com'è suo costume, ha abbandonato tutti noi.

Poi tutti, col vecchio Pogon, intonarono gli inni di gioia: *Sulle alte montagne sorge il sole del Signore e Gioiscano ora tutti i popoli*, e altri e altri ancora. Le candele stavano per finire. Il fumo era denso.

– Beviamo, fratelli, il sangue del Signore – gridò Pogon ai fedeli che lo guardavano con occhi stralunati.

Dalle brocche si riversò nelle tazze di terra un torrente di vino.

– Ancora, fratelli! Il sangue del Signore è dolce e accresce la gioia dei beati.

Nel fumo d'incenso i barbuti innocentisti, con le loro donne, bevevano, poi cominciarono le danze attorno alla tavola; e si strapparono le vesti stracciate dalle fruste.

– Gioiamo, fratelli! – gridava sempre il vecchio Pogon, e abbracciava le donne spingendole poi agli uomini. E ci furono allora amplessi confusi, fra gente senza nome, vecchi e giovani, moldavi e ucraini, fra candele accese, vecchie icone e fumo d'incenso e di resina, odore di mirra.

D'un tratto, Pralo, barcollante, fissò lo sguardo su Domenico.

– Perchè non gioisce costui – disse – se è dei nostri? Perchè è vestito? Perchè non ha la sua donna?

– E' il demonio! – urlò il vecchio Pogon, e tutti, minacciosi, si alzarono e si mossero verso Domenico.

Ma Domenico era già uscito, e sprangò la porta. Il suo diavolo rise, una risata che forse tutti udirono; e, uscendo, rovesciò i cocci con l'incenso ardente e le candele sotto le panche d'abete.

– Ora le loro barbe sporche bruceranno come stoppa – pensò Domenico.

(Corriere Lombardo mattino, 26 aprile 1946)

Al giardino botanico

Dal giardino botanico, Domenico avrebbe potuto proseguire direttamente per alcune strade secondarie, un po' buie, sino al consolato finlandese e poi su per il pendio sino a casa. Ma a Domenico non piaceva gran che il buio, ed era anche molto presto, appena le otto e mezzo, forse meno. A quell'ora, nella piazza principale della città si proiettavano documentari di propaganda, la gente poteva assistervi senza pagare. Conveniva, quindi, passare per la piazza. D'altronde, non erano soltanto i documentari, piuttosto noiosi e sempre gli stessi, che attiravano Domenico; nella piazza ci dovevano essere a quell'ora molte ragazze. Forse ne avrebbe potuto trovare una al posto di Anna, che l'aveva abbandonato in seguito a certi intrighi della sorella. Ma era questo un pensiero nascosto che Domenico non voleva confessare nemmeno a se stesso. Era molto più comodo il primo pretesto.

Mentre stava per entrare nella piazza, qualcuno gli gridò qualcosa, come un avvertimento, ma Domenico non ci fece caso. D'altronde, non aveva capito bene. In quella città si parlava un dialetto strano e Domenico conosceva appena la lingua letteraria del paese. Giunto finalmente nella piazza, constatò, non senza un lieve disappunto, che non vi si proiettava nessun documentario. La gente vi era stipata come sempre, ma non passeggiava. Pochi giravano di qua e di là come smarriti, i più si guardavano con ansia e sembrava che aspettassero qualcosa di grave che doveva accadere.

– Che cosa succede? – domandò Domenico. – Perché non c'è il film?

– C'è la retata – gli dissero –, il rastrellamento. Come? Oh, l'ingenuo, non sa che c'è la retata.

Domenico, infatti, non lo sapeva. Aveva visto che all'ingresso della piazza c'era un cordone di soldati e agenti in divisa, ma non ci aveva badato. Credeva si trattasse di vigili

schierati apposta per sorvegliare il traffico e multare coloro che attraversavano le zone proibite, cioè le zone non contrassegnate dalle maledette strisce bianche. (Maledette, perchè la sera precedente, per non averci fatto caso, era stato multato anche lui). La cosa lo seccava moltissimo. Chi sa quanto tempo sarebbe durata la retata. Naturalmente, la retata non lo riguardava. Bastava che esibisse il passaporto oppure la dichiarazione del Ministero degli Esteri da cui risultava che era stato invitato dal Governo per certe importanti ricerche sulla poesia popolare.

D'un tratto si ricordò che aveva molto da fare a casa. Sulla scrivania l'aspettava un mucchio di libri ancora da sfogliare. D'altra parte, era inutile cercare un'altra ragazza, quelle poche che c'erano nella piazza (e che erano brutte) avevano altro da pensare. Erano tutte preoccupate soltanto di uscire al più presto dalla zona bloccata.

Domenico attraversò la piazza e si rivolse a un agente. Gli spiegò la sua posizione e gli fece vedere il passaporto e la dichiarazione del Ministero.

L'agente gli domandò, sorridendo con aria furba:

– Crede veramente lei che questo pezzo di carta possa servire a qualcosa?

E, di nuovo, sorrise con aria furba. Ma, benedetto agente, non capiva che Domenico non c'entrava affatto con la retata, che era stato invitato dal Governo per certe importanti ricerche sulla poesia popolare? No, evidentemente, l'agente non lo capiva.

Ma, se l'agente era furbo. Domenico lo era più di lui. Infatti, aveva osservato che nel centro della piazza, vicino al monumento equestre di un eroe del '48, i tram continuavano a fermarsi regolarmente. Bastava quindi salire su un tram per sfuggire alla retata. Non volle prendere il primo tram (era il 9 e a lui serviva il 12 e, certo, gli conveniva aspettare; tanto, fermavano tutti) e non riuscì a prendere il secondo (che era il suo), perchè troppo affollato. Aspettò qualche altro minuto, ma, con sua grande meraviglia, constatò che i tram non fermavano più. Indubbiamente, gli agenti avevano notato il trucco e avevano proibito ai conducenti di fermare.

Qualcuno riusciva tuttavia a saltare sui predellini o ad attaccarsi dietro, quando i tram rallentavano un po' la corsa in mezzo alla folla. Dopo alcuni tentativi falliti, anche Domenico riuscì ad aggrapparsi a una sbarra, con un piede sul predellino e l'altro in aria. Ma, quasi all'uscita della piazza, l'agente con cui aveva parlato prima lo fece scendere.

– Ohè, giovanotto, – gli disse. – Ma non vuol proprio capire che a me non la si fa?

Mentre il tram era fermo, parecchie persone riuscirono ad attaccarsi alle sbarre, a saltare sui predellini e a confondersi fra gli altri passeggeri. Domenico si arrabbiò:

– Guardi – disse –, guardi quanti gliela fanno...

– Piano, giovanotto – gli rispose l'agente con voce dignitosa e un po' infastidita. – A lei non deve interessare. Che cosa interessa a lei se io li lascio salire? Lei rimanga qui tranquillo e aspetti il suo turno. Verranno a chiederle i documenti e, se avrà diritto, sarà rilasciato.

– Ma io posso far vedere subito tutti i documenti che vuole – disse Domenico. – Sono uno studioso io, e non c'entro affatto con questa stupida retata. Sono stato invitato dal Governo...

– ... per importanti ricerche sulla poesia popolare. Lo so, ma in questo momento non c'interessa. Abbia pazienza: verranno a chiederle i documenti e, se avrà diritto...

«Ma, insomma, pensò Domenico, questo agente lo secava. Perché non avrebbe dovuto "averne il diritto?...". In fin dei conti era un invitato del Governo e non lo potevano, certo, trattare come...».

Tentò di convincere altri agenti, ma tutti gli risposero nella stessa maniera. E parecchi (o forse tutti) sorridevano con aria furba. «Se ne avrà il diritto», dicevano, e poi sorridevano. Negli occhi di qualche agente più anziano gli sembrò persino di scorgere un certo lampo di sarcasmo, quasi di compassione. Compassione per lui? Ma erano addirittura pazzi. Evidentemente, erano pazzi. Lui non c'entrava affatto con la retata. O, forse, si erano messi tutti d'accordo per fargli uno scherzo?

Forse era meglio parlare con i militari. Non erano militari del luogo, appartenevano alle truppe «protettrici» venute dal nord, e stavano seri in fila, con gli elmetti in testa, un po' compunti, quasi tristi. Si rivolse a un ufficiale, ma questi non lo lasciò dire, poi borbottò qualcosa nella sua lingua.

Doveva essere molto tardi. L'orologio della cattedrale aveva suonato le dieci, poi le undici, poi la mezzanotte. Gli avevano detto che a volte le retate duravano sino all'alba. Che noia, rimanere là sino all'alba.

Tentò ancora di uscire dalla piazza attraversando una breve galleria buia (era di là che andava a casa di Anna) ma anche allo sbocco della galleria incontrò gli stessi agenti e gli stessi soldati compunti, con elmetti in testa, quasi tristi. Si ritirò in fretta perché non aveva più nessuna voglia di esporsi alle loro ironie. (Gli era sembrato, oppure aveva scorto veramente negli occhi dei tristi soldati del nord un sorriso furbo, come quello degli agenti?).

Stava quasi per rassegnarsi ad aspettare il suo turno (forse sino all'alba) quando d'un tratto si accorse che parecchie persone entravano in una casa grande, scura, al lato meridionale della piazza, e non ne uscivano più. Ci doveva essere un passaggio segreto. Avvicinandosi alla casa, vide il suo amico Cattaneo che stava proprio per entrarvi.

– Cattaneo, Cattaneo! – lo chiamò, ma Cattaneo non si voltò nemmeno. Forse non l'aveva sentito. Frattanto, Cattaneo era scomparso nella casa e il portone di questa si era chiuso.

Che rabbia! Pensare che, se correva un po'... Domenico scosse violentemente il cerchio d'ottone che pendeva dai denti di una testa di lupo arrugginita. Nessuno rispose, sembrava che la casa fosse deserta. Bussò di nuovo, più forte. Dopo un po' si sentirono dei passi lenti, trascinati. Nel portone si aprì una spia. Domenico si sentì colpire in viso da un tanfo di vecchiume e di marcio e scorse nello stretto pertugio il volto assonnato di una vecchia, illuminato appena da una candela.

– Che cosa desidera a quest'ora? – gli domandò.

- Nulla, veramente. Volevo entrare... E' entrato qui ora il mio amico Cattaneo... Io...

- Qui non è entrato nessun Cattaneo e nessuno. Non conosco nessun Cattaneo, io - disse la vecchia; e chiuse la spia borbottando. Si sentirono a lungo nell'atrio i suoi passi lenti.

Domenico si voltò di scatto, seccatissimo, e si trovò davanti un gruppo di agenti e soldati. Sorridevano: evidentemente, avevano seguito la scena e se ne divertivano.

Oramai la gente nella piazza si era diradata. Quanto tempo era passato? L'orologio della cattedrale si era probabilmente fermato, non suonava più le ore. Il controllo dei documenti continuava e, a poco a poco, anche gli ultimi rimasti si avviavano in fretta verso casa.

Domenico invece doveva aspettare ancora il suo turno. Ma quella assurda commedia non era più un tormento per lui, perchè, finalmente, aveva capito chi volevano prendere gli agenti e i soldati del nord, e credeva persino di averlo intuito vagamente sin da principio, ma non era vero. Forse se l'avesse capito prima... Così invece... Perchè Domenico sapeva benissimo come andavano a finire queste cose.

L'indomani l'avrebbero caricato su un treno piombato, diretto, oltre le foreste, nel pauroso paese del nord, dove gli uomini erano tutti alti e compunti e tutti soldati con elmetti in testa e con decorazioni di ferro sul petto. Ma non sarebbe, certamente, arrivato alla presunta stazione cui era diretto il treno, perchè sulla strada c'erano ripide scarpate rocciose, rabbiosi fiumi profondi, e burroni, e rupi a strapiombo su tenebrosi, imperscrutabili abissi.

(L'Europeo, anno II, n. 18, 5 maggio 1946)

La nave Il fiume Le tre sorelle

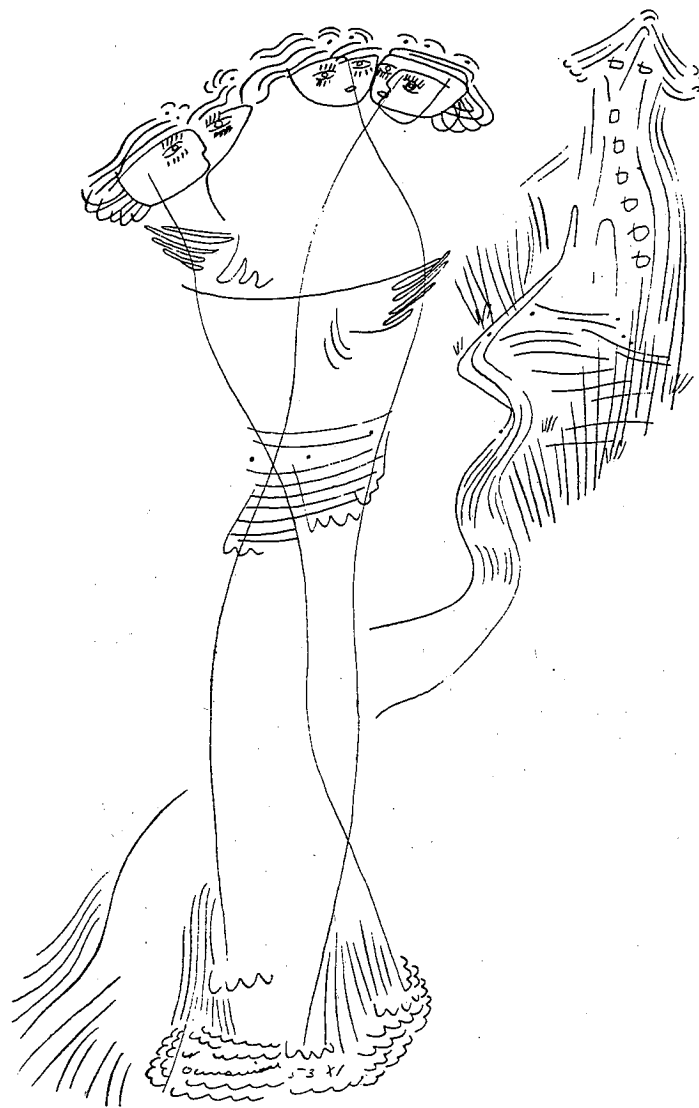
A San Pietro, da un tempo, si è inquieti. Quasi ogni notte, spinta dalla brezza, giunge sul canale una nave, e, quasi ogni notte, scompare qualcuno dei notabili del comune. Così, una settimana fa, è scomparso il signor Maori, già colonnello di Francesco Giuseppe, onorevolissima persona. Poi è scomparso il signor Micich, una volta impiegato di banca a Vienna, e ieri, proprio ieri, è scomparso Don Bernardi, degno sacerdote. Quasi ogni sera, uno di quelli che tenevano alto il prestigio del paese se ne va e non torna più. Chi ha più visto Don Bernardi? E il signor Micich? Qualcuno dice che la nave venga da Solta, altri che venga dalla costa, forse da Podgora o dal Sabbioncello; ma, certamente, sono tutte opinioni, perchè la nave l'ha vista una persona sola, Mile il postino (da non confondersi con Mile il sagrestano, sono nemicissimi). E Mile lo ha detto a qualche amico: ecco, non è proprio una nave, è un piccolo veliero, un barcone più che altro. Ma non saprebbe da che parte venga, perchè la sera che l'ha visto era fermo nel golfo sotto la Via Crucis. Si dicono tante cose, che c'è una congiura, forse collegata alla guerra, che i pirati sono d'accordo con qualcuno del paese. Soprattutto lo dice Mile il postino. Ma credo che si sia messo su una cattiva strada, perchè vuol provare che Mile il sagrestano non è estraneo alla faccenda. Certo che Mile il sagrestano è nuovo nel paese e tante volte sorride stranamente. Ma che cosa dirà il postino quando, domani per esempio, scomparirà senza traccia anche Mile il sagrestano? E poi è sicuro che la nave arrivi soltanto da quando è venuto nel paese Mile il sagrestano? E' sicuro che la gente non scomparisse anche prima? Dove sono il

signor Ragusin, l'avvocato Mani, il dottor Dell'Orco e tanti altri che una volta facevano la gloria di San Pietro?

*

Nella terra di là dal fiume, nessuno di noi ha mai messo piede. Certo, una volta c'era il ponte, un ponte di ferro, e ancor oggi la ferrovia arriva sin proprio sulla riva, il che fa supporre che una volta proseguisse e s'inoltrasse nel paese per noi misterioso. Ma ora la metà del ponte è adagiata nelle acque del fiume, se ne vede appena qualche sbarra su qualche scoglio, e nessuno di noi lo ricorda in piedi. Non lo ricordano nemmeno i vecchi, che pure sanno raccontare cose di tempi immemorabili. E, intanto, di là dal fiume accadono tante cose. La città, che, ancora vent'anni fa, era piccolissima, un povero borgo, è ora enorme e ci toglie la vista della pianura. Case e torri altissime crescono in un mese, e in pochi anni crescono immensi giardini e si costruiscono monumenti. La domenica, di là dal fiume si lavora e sembra invece che il venerdì sia il giorno di riposo. Infatti, ogni venerdì si vedono sulla spiaggia uomini e donne. Fanno anche il bagno nel fiume ma non si avvicinano troppo. A quella distanza, le donne ci sembrano bellissime. E noi da parecchio tempo stiamo pensando a una cosa: perchè non ci riuniamo una notte per fare una incursione, una sola, di là dal fiume? Lo si potrebbe attraversare a cavallo, non è poi un gran che, poche centinaia di metri. Potremmo saccheggiare i luminosi negozi, rapire le donne più belle e giovani, e forse anche demolire le alte torri e abbattere le bandiere. Sarebbe una soddisfazione. Ma se, invece, una notte venissero loro da noi, a rapirci le nostre donne, che, forse, a loro sembrano bellissime, e a demolire il campanile della chiesa, che forse a loro sembra un'altissima torre? Bisognerebbe pensare per lo meno alla difesa.

*



Le tre sorelle abitavano nella casa in cima al colle. Si chiamavano Anna, Elisa e Francesca, ma nessuno ha mai saputo esattamente quale fosse Anna, quale Elisa e quale Francesca. Una sola era stata sposata, le altre due erano zitelle, ma quale delle tre era la vedova? Comunque, per non sbagliarci, le chiamavamo tutt'e tre «signora» ed esse non si arrabbiavano. Poi un giorno si apprese che era morta Elisa. Ma, siccome le tre sorelle continuarono ad abitare insieme, nessuno seppe quale fosse la morta. Poi morì anche Francesca, ma le sorelle continuarono ad abitare insieme e nessuno seppe quale fosse la viva. Fu un vero sollievo quando anche Anna morì. Così, per lo meno, si può essere sicuri che, parlando a una delle tre sorelle, si parla certamente a una morta. Si può essere sicuri che nella casa in cima al colle sono vivi soltanto i gufi, i gatti e, se mai, i pipistrelli.

(Corriere Lombardo, 16/17 maggio 1946)

La macchia Il lupo La stagione delle piogge

Mentre si radeva, una mattina, Domenico si accorse che sotto il mento gli era apparsa una macchiolina grigiastrea. Era molto piccola, come un neo, ma non era rotonda. Aveva una specie di nucleo, con protuberanze attorno, più lunghe e più corte. Veramente, si vedeva soltanto sotto luce, e Domenico pensò che, forse, l'aveva sempre avuta e non se ne era mai accorto. Passarono alcuni giorni e Domenico non ci pensò più. Ma un'altra mattina, mentre di nuovo, in via eccezionale, si faceva la barba da solo, si accorse che la macchia sotto il mento era cresciuta notevolmente. Era ora quanto una noce e, superato l'orlo della mascella, si estendeva sulla guancia destra. Intanto, da grigiastrea come era in principio, era diventata più scura, quasi bruna. Domenico ne fu assai inquieto: ormai la macchia si vedeva da una buona distanza e, se cresceva ancora, gli avrebbe rovinato la figura. Ma per la strada, in ufficio, a teatro e al ristorante, nessuno si accorse della macchia di Domenico. Passarono poi giorni e settimane e mesi, passarono anni e la macchia crebbe. Si estendeva sul collo e sul petto, e in alto, dopo aver coperto tutta la guancia, mandava protuberanze dietro l'orecchio e sotto le ciocche dei capelli. Domenico era sempre più inquieto, non più per la sua bellezza, che era perduta per sempre, non più per l'ignoranza delle misteriose cause di quella macchia, ma per il fatto che nessun altro se ne accorgeva. Gli amici gli parlavano gioviali come sempre, le ragazze gli volevano ancora bene, i suoi subalterni non sussurravano negli angoli. Domenico era perplesso. Sinché un giorno, era un giorno di settembre e la notte era piovuto un po', Domenico si accorse che macchie uguali e più grandi della sua coprivano il volto dei suoi amici, delle ragazze che ancora accarezzava con dolcezza.

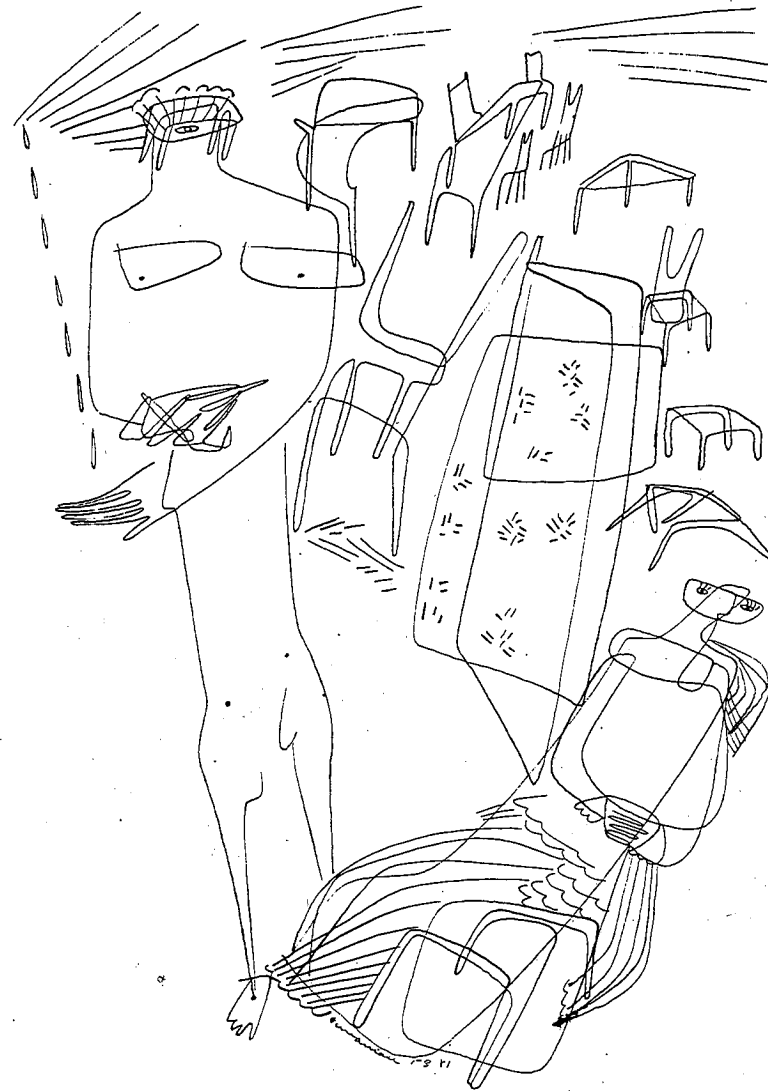
Macchie più grandi o più piccole offuscavano il volto di tutti i viventi, uomini e bestie. E macchie uguali, ugualmente tenebrose, ugualmente opache, coprivano i muri della città, mandavano protuberanze sui tetti e sui campanili delle chiese. Macchie uguali si vedevano sulle pietre, sugli alberi e sul cielo. Sì, anche sul cielo. Ed era la stessa ombra. Non aveva di che essere contento, Domenico, ma era pur sempre un conforto.

*

Rimasto solo dopo il disastro, Domenico ebbe freddo. Pensò che tutte le cose che aveva imparato a conoscere e ad apprezzare come utili, nella vita restituita a epoche anteriori di migliaia d'anni, sarebbero state assolutamente superflue. Ora ci voleva altro. Ci volevano artigli e zanne potenti, muscoli elastici di belva e gusto per il sangue caldo. Era sempre più freddo. I ghiacci eterni scendevano sempre più verso l'equatore, si congiungevano quasi le due enormi cappe, e nell'atmosfera immobile la neve continuava a cadere minuta e pungente. Domenico errava sui ghiacciai e aveva freddo. Non riconosceva più i luoghi. Foreste, città, fiumi e mari erano coperti di ghiaccio e, a poco a poco, anche le montagne si smussavano e, aumentando il flusso rigido della neve, calavano sempre più le loro creste. In breve non si sarebbero distinte dalla pianura. Domenico pensava che ci sarebbero volute zanne e grinfie. Eppure fu tragico il giorno in cui si accorse che sul petto gli era cresciuta una folta lana nerastra, che aveva zanne e artigli, che i suoi muscoli erano diventati elastici come quelli delle belve e che anche la sua voce nell'aria ghiacciata non era che un lungo latrato di lupo famelico desideroso di sangue caldo.

*

Senza avere la minima intenzione di acquistare qualcosa, Domenico entrò nel mobilificio. Lo attiravano in un certo



senso le poltrone foderate di bianco, i lunghi divani verdi e il sorriso della donna sola dietro il banco, ma tutto confusamente, come nell'ora di torpore precedente al sonno. Vagamente lo chiamavano gli specchi in cui si sarebbe visto alto, un po' curvo, con la spalla destra più bassa della sinistra. Per un certo tempo, che sarebbe difficile determinare, Domenico girò nella sala ingombra. Posò la mano su qualche sedia che non scricchiolò e rimase immobile. Poi si sdraiò su una poltrona ed ebbe la coscienza chiara dell'inevitabile. Accanto a lui, in piedi, stava la donna sola di incerta età, forse la moglie infedele, forse la sorella o la cognata zitella del mobiliere, e Domenico avrebbe dovuto amarla e restare a lungo con lei, nella noia indicibile del negozio, fra poltrone letto, sedie a sdraio, attaccapanni, cassettoni e specchi. Andarsene sarebbe stato impossibile, perchè fuori era cominciata la stagione delle piogge e sarebbe durata a lungo, settimane e forse mesi, forse un'interminabile èra geologica.

Di fuori, una cortina immensa d'acqua, minuta e pesantissima, calava dal cielo silenziosamente. Ma in un angolo remoto del negozio si cominciò a udire una goccia. Batteva, batteva, scandendo il lento consumarsi degli anni.

(*Corriere Lombardo*, 31 luglio/1° agosto e
14/15 agosto 1946)

Lupi in Calle Sucre

La famiglia Medici abitava da poco quella villetta, al numero 2022 di Calle Sucre, vicino alla spiaggia, nel quartiere Pocitos, il quartiere più tranquillo e più bello di tutta Montevideo. Al pianterreno, in una vecchia autorimessa, il signor Medici si era allestito con molto gusto un elegantissimo e ampio studio tappezzato tutt'intorno di libri. Dall'atrio, ricco di colonne e ornamenti, per mezzo di una scala bianca, in marmo, si saliva direttamente al primo piano dove si trovavano la cucina, la sala da pranzo e le stanze d'abitazione della famiglia. Dico direttamente perchè fra il pianterreno e il primo piano c'era anche un mezzanino, che apparteneva però alla villa attigua (numero 2020), e chi saliva la scala di marmo del numero 2022 non se ne accorgeva nemmeno. Al secondo piano, finalmente, il figlio maggiore dei Medici, Benvenuto, si era messo su un grazioso appartamento da scapolo: studiolo, stanza da letto e bagno. Il giovane ne era gelosissimo e lo chiudeva sempre a chiave. Ma tutti in casa sapevano che la chiave la nascondeva sotto lo stoino davanti alla porta d'ingresso e, quando il fratello maggiore era in ufficio, alle tre sorelle, Maria, Rosa e Margherita, piaceva salire lassù, a passarvi qualche ora oziosa e, più spesso, a leggere di nascosto i libri che il severo signor Medici aveva messo all'indice «per le ragazze».

Non intendo dilungarmi sulla vita e le abitudini della famiglia Medici, che erano esattamente la vita e le abitudini di ogni famiglia borghese italiana, anche se da molti anni abitante all'estero. Dirò soltanto che un giorno Margherita studiava nella sua stanza la lezione di geografia: faceva la terza ginnasiale. Aveva finito di studiare i fiumi, poi c'erano i canali, ma in margine alla pagina c'era una annotazione: *canali no*, poi c'erano i laghi (*si*) e in fondo un'altra annotazione: *sin qui*. Margherita si era veramente annoiata a impa-

rare a memoria decine e decine di nomi di corsi d'acqua, a lei ignoti, perchè era nata dopo il trasferimento della famiglia nell'Uruguay e non era mai stata in Italia. In simili circostanze, data poi l'ora pomeridiana a cui, per il gran caldo di gennaio, anche le amiche, probabilmente annoiate come lei, se non erano sulla spiaggia, erano senz'altro ritirate in casa e poco disposte a ricevere visite, la cosa migliore era sempre fare una scappatina nella *garçonnière* di Benvenuto.

Salì in fretta la scala, quasi per non essere vista da nessuno, per quanto in casa ci fossero soltanto la madre e le sorelle, e cercò la chiave sotto lo stoino. Non la trovò. Forse c'è Maria, pensò Margherita. Infatti, la porta non era chiusa a chiave e, sul divano di Benvenuto, in vestaglia celeste, dormiva Maria. Poi, Margherita avrebbe voluto gridare, ma non riuscì, e in un attimo scese a chiamare la madre e Rosa.

– Ecco – disse Margherita ansante –, nello studio di Benvenuto ci sono i lupi.

La signora Elisa sorrise, e anche Rosa.

– Ma che dici, Margherita – disse la signora Elisa. – Che lupi? Sarà forse un cane. Non sai l'abitudine di Maria di portarsi a casa tutti i cani abbandonati del quartiere?

– No – disse Margherita. – Prima di tutto non è *uno* ma molti. E sono lupi. Stanno sdraiati sulle poltrone e sui tavolini e uno, piccolino, è seduto sulla macchina per scrivere.

– Capirei se fossero foche – disse Rosa, pedante. – Ce ne sono tante in giro. Ma lupi non ce ne sono in Uruguay. Forse te li sarai sognati, ecco.

– Mi meraviglio che possiate scherzare così – protestò Margherita, offesa. – Potrebbero mangiarsi Maria. Ah, perchè nella stanza c'è Maria che dorme.

Incredule, la signora Elisa e Rosa la seguirono. Aprirono piano la porta. Sdraiata sul divano, in vestaglia celeste, Maria dormiva. E attorno vi erano infatti i lupi. Le finestre erano chiuse e le persiane abbassate, ma c'era abbastanza luce per vederli. Stavano tranquilli, seduti quasi umanamente sulle poltrone, sui tavolini, sulla scrivania, e un lupacchiotto era accovacciato in cima alla macchina per scrivere. Non sembravano feroci. Sbadigliavano placidi, tirando fuori le lingue

rosse, con una certa aria annoiata, un po' infastidita, un po' pensierosa, e mugolavano appena. Erano dodici o tredici, ma non c'era il tempo per contarli. Con i lupi non si sa mai. Forse per timore di svegliare Maria, inferocendo così i lupi, forse per pusillanimità, nessuna fiatò. Le donne chiusero la porta e poi subito pensarono che bisognava chiamare aiuto, bisognava tentare di salvare Maria, non la si poteva lasciare in balia alle belve. La signora Elisa telefonò al signor Medici e a Benvenuto e in pochi minuti questi accorsero. Assurdamente, il signor Medici prese un fucile, Benvenuto, una pistola e salirono. Maria dormiva ancora, immobile, sul divano. Ma attorno non si vedeva nessun lupo. Le finestre erano sempre chiuse e le persiane abbassate. La luce del sole invadeva però la stanza, da tutte le fessure, e sulla scrivania si vedevano le carte in perfetto ordine e così i soprammobili sui tavolini e sulla mensola sopra il divano. Soltanto un vaso da fiori era rovesciato, ma Benvenuto disse che l'aveva rovesciato lui quella mattina, nel vestirsi, e si era dimenticato di raddrizzarlo.

– E allora, i vostri lupi? – sorrise il signor Medici. – Suggestione probabilmente. Non mi meraviglio di Margherita – disse – che è una ragazzina, ma voi...

Non era però affatto persuaso di quello che diceva. Dagli occhi perplessi e ancora spaventati delle donne si capiva che in quella stanza i lupi c'erano stati davvero.

Benvenuto tentò anche lui uno scherzo:

– Sì – disse – che c'è di strano? Erano i miei lupi. Li faccio sempre venire, quando vado via di casa, così non c'entrerete più quassù.

Ma era il più scosso. Forse, pensava, così come quel mezzanino di cui nessuno si accorgeva, altri piani e altre stanze della villa attigua si protendevano e si incastravano fra i piani della casa numero 2022. Forse nei muri c'erano passaggi segreti e dietro le pareti si aprivano caverne, le tane dei lupi, dove ogni anno figliavano le lupe e crescevano lupacchiotti. Forse, pensava, quei rumori lontani che sentiva a volte di notte erano gli ululati dei lupi nelle loro caverne, attutiti dallo spessore dei muri. O, forse, i lupi erano scesi dalle pareti

coperte di iuta, richiamati dalla vestaglia celeste di Maria? Comunque, Benvenuto decise di appurare la cosa e, per molte notti, con la luce accesa, vegliò sdraiato sul divano, con gli occhi socchiusi, fingendo di dormire. Ma i lupi non tornano mai più. A poco a poco, Benvenuto cominciò a persuadersi o, piuttosto, tentava di persuadersi che non erano stati lupi reali. Forse erano stati gli spiriti di lupi morti in tempi remoti, capitati là per un singolare caso di magia inconsapevole, o forse erano stati i lupi dei sogni di Maria, che nella penombra della stanza avevano preso forma e vita.

Per molto tempo ancora in casa Medici si continuò a parlare dei lupi di quel giorno e si fecero le congetture più fantastiche. Ma non dirò che da quel giorno un'ansia continua regnò fra i membri della famiglia Medici. No, perchè non fu così. Della faccenda dei lupi si parlò sempre meno, con un sorriso vago, come si fa sempre quando si parla di cose lontane e tramontate.

Soltanto Maria non seppe mai nulla dell'accaduto. Avevano paura di dirglielo, perchè era debole di cuore e, dicevano, le sarebbe venuto un colpo. Chissà però se non fu un errore. Perchè, forse, era la sola a sapere la vera provenienza delle belve.

(Corriere Lombardo, 28/29 ottobre 1946)

L'uomo col fiore in tasca

E' avvenuto ieri a Milano, in piazza Piemonte, alla fermata del tram n. 5. Come tutti sanno, chi è munito di tessera d'abbonamento può salire davanti. Ebbene, fra la gente che aspettava di salire e, col consueto gesto arrogantemente stanco, esibiva la tessera, c'era un signore dimesso, serio e non privo di eleganza, che, evidentemente, non era abbonato. Aveva in mano un fiore e, con un vago sorriso amichevole, lo porse al tranviere. Non era un'orchidea e nemmeno una rosa, era un semplice fiore di campo, giallo.

Il tranviere non capiva: «Lei ha la tessera?» domandò. Il signore non rispose: fra sconcertato e meravigliato, tentò ancora di offrire al tranviere il suo fiore.

– Basta – disse il tranviere; – se non ha la tessera, salga di dietro e faccia il biglietto.

Ma il signore non si scompose, sembrò alquanto offeso da tanta incomprendione, pure volle insistere. Avanzò e posò un piede sul predellino. Era ora vicinissimo al tranviere e ancora gli porgeva il suo fiore.

– Ma lei è matto – disse il tranviere e, manovrando un pedale segreto, chiuse le porte.

Il signore silenzioso fece appena in tempo a ritirarsi deluso col suo fiore.

– Che mattacchione – disse un viaggiatore.

– Macché mattacchione – disse un altro –, sarà un pazzo scappato dal manicomio.

Il gesto dello sconosciuto che voleva sostituire alla tessera un fiore appariva a tutti assurdo.

Un viaggiatore, però, volle difenderlo. Spiegò che lo sconosciuto faceva una lamentevole confusione fra omaggio e pagamento. «Involontariamente – disse –, egli ha offeso la onestà di un bravo impiegato del traffico municipale organizzato, tentando di corromperlo con un fiore. O forse non ha il

concetto dell'impiegato e del mezzo di trasporto pubblico e, comunque, ha offerto un omaggio inutile, non sapendo, evidentemente, che nella nostra società moderna l'omaggio inutile è assurdo. Forse – disse ancora non senza pedanteria –, un fiore sarebbe bastato ad aprire al signore la portiera della quadriga di Apollo nell'èvo della mitologia ma non è bastato ad aprirgli le porte di un tram nel 1947». Intanto, il tram si rimise in moto.

Rimasto a terra, il signore dal fiore giallo agitava inutilmente una tessera di abbonamento su tutte le linee.

(Corriere Lombardo, 19/20 maggio 1947)

Mi chiamano ingegnere

Attraversavo per caso il parco, in fretta, pensando a cose che più non ricordo. Forse pensavo soltanto alla ghiaia che scricchiolava nervosa come cocci di vetro, quando d'un tratto mi sentii chiamare: – Buon giorno, ingegnere. Ha premura, sembra.

Chi sa perchè mi voltai. Non sono ingegnere e nessuno mi ha mai chiamato così. Tuttavia mi accorsi che la frase era veramente rivolta a me. Chi mi aveva salutato era un giovane sui venticinque anni, ma sembrava invecchiato prima del tempo. Sorrideva con la bocca sdentata e sottobraccio aveva una riga, una squadra e una scatola di compassi. Aveva la faccia bruna ed i capelli neri e un abito troppo largo, che gli arrivava a metà gamba, quasi al ginocchio.

– Veramente non avevo una mèta. Andavo così, dissi.

Non era vero, ma non capivo perchè avrei dovuto informare uno sconosciuto di cose che riguardavano soltanto me. Quella faccia bruna, con la bocca sdentata, non l'avevo mai vista.

– Così, dunque, disse. Non si salutano più i vecchi amici. Come va?

E, avvicinandosi, mi tese la mano. Parlava con accento meridionale e mi accorsi che zoppicava un po'. Vecchi amici? Chi sa con chi mi confonde, pensai. Comunque, non riuscivo a trovare le parole per dirgli che non lo conoscevo e che si era sbagliato. Ma era anche difficile continuare il giuoco: lui parlava in piena conoscenza di causa, mentre io dovevo inventare e non dire troppo, per non far brutta figura.

– E il lavoro, come va, ora che ci ha lasciati? domandò. Meglio o peggio?

– Be', pressappoco lo stesso. Che vuole, nel nostro lavoro – quale? pensavo –, anche se uno si mette per conto proprio...

– Eh, no, mettersi per conto proprio sarebbe una cosa

diversa. Ma, comunque, la nuova ditta le offre più garanzie. Più seria, più grande, ecco.

Buono a sapersi, pensai. Dunque, non lavoravo per conto proprio, avevo soltanto cambiato ditta.

– E lei? – domandai per sviare il discorso.

Parliamo un po' di te, bello mio, pensavo. Ora sono io che faccio le domande.

– Ma, rispose, io, come sempre. Non posso pretendere, non ho la sua posizione, io, per quanto... Però ora che è andato via quel mascalzone di Moretti, si sta un po' più liberi.

Sempre più difficile, pensai. Elementi nuovi, a me sconosciuti: un senso di ingiustizia e forse di invidia nei miei confronti – avrà studiato anche lui ingegneria, *come me?* – e questo maledetto Moretti. Chi sarà?

D'un tratto, il vecchio amico arrossì:

– Scusi, balbettò, dimenticavo che è suo parente. Poi però si riprese e, impacciato, accennò un mezzo sorriso:

– Ma lei, certo, non se la prenderà. Lo conosce bene, lei.

– Perbacco se lo conosco, dissi. Si figurì – e anch'io accennai un sorriso imbarazzato –, non si ricorda che anch'io, tante volte...

Tutt'e due ci mettemmo a ridere e, proprio come due vecchi amici, ci battemmo l'un l'altro sulla spalla.

– Eh, così, disse il vecchio amico e sospirò. – Ma ora penso di piantare tutto e andarmene in America.

Anch'io, volevo dire, ma lui di nuovo incalzò:

– E la famiglia, come va la famiglia?

– Bene, grazie, dissi, e pensai: Quindi, ho anche famiglia.

– Sempre in campagna?

– Sì, dissi, sono ancora in campagna.

– Ma come, se mi ha detto Franceschi che ha preso in affitto un appartamento e li ha fatti venire tutti in città?

Maledetto, se lo sai meglio di me che sono tutti a Milano, perchè mi fai sbagliare, perchè mi fai domande insidiose? Chi sa quanti figli avrò.

– No, Franceschi si è sbagliato. Gli ho detto che li avrei portati, non che li ho portati. D'altronde, l'appartamento non è ancora pronto.

Il vecchio amico non protesta, sull'appartamento non è informato. Potrei raccontargli un mucchio di frottole, ma è meglio non farlo. Non si sa come può girare il discorso.

– E i bambini? Bene tutt'e due?

Me l'aspettavo, ma c'è cascato l'amico. So per lo meno che sono due.

– Grazie, bene, – dissi. – Il maggiore...

– Come, il maggiore? La bambina, vuol dire. O non è la maggiore, la bambina?

– Sì, volevo dire la bambina. Ha avuto la polmonite (farla morire addirittura mi sarebbe dispiaciuto), ma ora sta meglio.

– Meno male, disse il vecchio amico. – E la signora, sta sempre male?

– Ora sta un po' meglio, dissi.

– Già, però con la sua malattia, hm...

Poi si accorse di aver preso un'altra cantonata (il bello è che le cantonate le prende lui che sa tutto, pensai) e disse:

– Ma, certo, se la cura bene...

– Speriamo, dissi. Con i nuovi medicinali che ci sono ora...

– Speriamo, disse anche lui, ma non sembrava troppo convinto. Forse lo diceva soltanto per farmi piacere. – E lei, col suo fegato?

Che famiglia, pensai. Tutti malati.

– Ora sto meglio anch'io (potevo anche essere guarito del tutto, era così facile). Comunque...

– Oh, ingegnere, scusi. Faccio tardi. Sa, col capo non si scherza.

– Eh, dissi, lo conosco bene io. Vada, vada. E arrivederla. Appena avrò messo su la casa, la inviterò da me a prendere un tè.

– Che dice, ingegnere... Troppo onore per me.

– Perchè, non siamo forse vecchi amici?

Ci stringemmo di nuovo la mano e ci guardammo negli occhi. Aveva gli occhi profondi e sinceri. Poi il vecchio amico si allontanò in fretta.

Avevo fatto tardi anch'io. Oramai era meglio tornare a casa. Per la strada pensai un po' svagatamente all'accaduto e d'un tratto mi resi conto che era una cosa che durava già da

parecchio. Già da due o più settimane, gente a me del tutto sconosciuta mi saluta cordialmente. Qualcuno mi sorride e mi domanda: «Come va?», per la strada, in tram. Qualcun altro mi dice: «Perchè non mi telefoni mai? Vieni a trovarmi una sera, faremo un pocherino». Credevo che non si rivolgero a me.

*

Ma ora tutto è chiaro. Ieri l'altro, in piazza Cordusio, un giovane mi ha salutato e mi si è avvicinato con la mano tesa, sorridente. Ma è rimasto a mezza strada, con la mano in aria, imbarazzato:

– Scusi, disse, ma lei non è l'ingegner Silvano Mariti, di Reggio Calabria.

Sì, avrei potuto rispondere, sono l'ingegner Silvano Mariti, lavoro in una nuova ditta, ho due figli e la moglie malata e soffro di fegato. Conosco Moretti e Franceschi. Ma lì per lì rimasi confuso.

– No, veramente. Non lo conosco nemmeno. E non sono mai stato a Reggio Calabria.

– Mi scusi, allora, disse il giovane. E' stato un equivoco.

No, amico, non è stato affatto un equivoco. E' vero che io non sono mai stato a Reggio Calabria, ma sono, per lo meno un poco, ingegnere e, in un certo senso, mi chiamo Silvano Mariti, come tu hai fatto bene a dirmi.

Da un tempo a questa parte, mentre sto ozioso davanti alla scrivania, disegno costruzioni fantastiche, di linee rette e curve. Non so se siano abbozzi di ponti, palazzi, viadotti o dighe. Lo domanderò ai miei amici ingegneri, se non riuscirò a ricordarmelo da me. Mi sono comprato una squadra, una riga e compassi, e nelle ore libere leggo non più romanzi ma libri di algebra e di meccanica. Ho notato, e la cosa non mi sorprende, che anche la mia voce si è mutata. Ero tenore una volta, ora sono leggermente baritono. E anche il volto mi si è allungato e sono dimagrito un po'. Probabilmente somiglio sempre più all'ingegner Silvano Mariti di Reggio Calabria.

Stamattina mi sono guardato allo specchio e, non più con stupore, mi sono accorto che i miei occhi, una volta bruni, hanno ora vaghi riflessi celesti. Seguirò ogni giorno nello specchio la lenta mutazione.

Silvano, chi sa su quale landa deserta e atroce biancheggiano le tue ossa insepoltite. Tu mi mostri una fiducia che mi commuove. Ma saprò io sostituirti degnamente? Saprò pensare, com'è giusto, alla tua, cioè alla mia famiglia, che abita ancora in campagna, alla tua sposa malata di male inguaribile, ai miei figli, di cui la bambina è la maggiore?

(*Corriere Lombardo*, 3/4 novembre 1947; in trad. spagnola: *Marcha*, Montevideo, 8/VI/1951)

Il cinema

Sarò breve – disse Alberto, che gli amici non avevano più visto esattamente da ventidue anni, tre mesi e quattro giorni. – Il giorno che sapete, andai con mia moglie al cinema, anzi, decidemmo di andare al cinema. Dovevamo vedere un film con Clara Bow, sì, con Clara Bow, ricordo bene. Lasciammo a casa la bambina: aveva due anni. E per la strada, vicino al cinema, dissi a mia moglie: «Va' pure avanti, io entro qui dal tabaccaio a comperare le sigarette».

C'era un mucchio di gente dal tabaccaio. Ricordo, che strano, c'erano anche tre signore che volevano telefonare, ma quel tabaccaio non aveva il telefono. E un'altra signora... Comprò un pacchetto di sigarette egiziane, pagò e, nel ritirarsi per uscire, mi toccò il gomito, credo con intenzione: era Carla, cioè lo seppi poi che si chiamava Carla. Mi guardò e mi sorrise: aveva lo sguardo dolce e, come si dice, vellutato, ma non mi piaceva; francamente, non mi piaceva, credevo per lo meno che non mi piacesse. Ma era molto giovane e portava uno strano cappellino tirolese, più da uomo che da donna.

Comprai anch'io un pacchetto di sigarette e uscii, ma Carla mi aspettava. «Vieni» – mi disse. – «Mi chiamo Carla». – «Come faccio» – le risposi –, «devo andare al cinema, c'è mia moglie che mi attende». – «Andrai più tardi, non ti tratterò a lungo. Soltanto qualche ora..., o qualche giorno, o qualche anno», soggiunse con tono scherzoso e di nuovo sorrise. – «Non posso così» le dissi. «Ho solo la roba che ho addosso, vedi?». – «Non fa nulla, non perdiamo tempo. Ho tutta la roba di mio marito; ti andrà bene, vedrai: avete quasi la stessa statura, forse soltanto sei un pochino più alto».

Il fatto di essere un po' più alto di suo marito mi fece piacere. Così, andai con lei, con Carla, e rimanemmo insieme più di vent'anni. Dimenticai tutto, proprio tutto, viag-



nulla e io nulla le chiesi. Persia, Islanda, Messico. Mi amò sempre. Cile, Nigeria, Madagascar. Il suo amore non mi venne mai a noia. Cina, Aleutine, Alaska, e di nuovo in Europa, in Spagna, in Francia, poi a casa, a casa sua. Lei non si stancava mai di amarmi. Ma ieri, d'un tratto, mi ricordai: il cinema, il film con Clara Bow, dovevo andare al cinema: mia moglie mi attendeva. Fuggii come un ladro, non la salutai nemmeno.

Ero invecchiato, certo, ma il mio passo si fece agile mentre mi avvicinavo al cinema: non potevo perdere tempo; e poi dovevo dimostrare un minimo di buona volontà.

Era là - chi? mia moglie, si capisce -, mi aspettava sotto il portico, passeggiando di qua e di là.

- O, Alberto - disse -, com'è tardi. Forse sarà meglio andare a casa. D'altronde hanno cambiato pellicola e questa, certamente, non mi piacerà. Gli attori d'oggi non sanno recitare come quelli d'una volta. E poi... nostra figlia, chissà come sarà diventata grande; già signorina da marito, certo... Ma che bella giacca hai, soltanto ti sta un po' corta, bisognerebbe allungarla.

Così, non disse altro.

Alberto aveva finito. Uno degli amici, forse Franco, si alzò, come per dare una certa solennità a quello che voleva dire, e osservò con aria antipatica, professorale: «A parte il fatto che non si tratta di una cosa eccezionale, il tuo è un caso dal quale sarebbe un errore trarre illazioni di carattere generale circa l'opportunità o meno di andare al cinema o circa la devozione delle donne».

Domenico domandò: «Che sigarette comprasti, quella sera?». Gli altri amici commentarono variamente. E l'altra gente che si trovava nel caffè sembrava non avesse udito nulla; pure, aveva ascoltato.

(*Corriere Lombardo*, 2/3 febbraio 1949; in trad. spagnola: *Mundo Uruguayo*, 1°/II/1951)

Roncisvalle

Sandro era magro e pallido. Erano le cinque del pomeriggio.

- Come stai? - gli domandò Domenico. - E' tanto che non ci vediamo.

- Già - disse Sandro. - E' tanto che non ci vediamo.

Era più d'un anno che Sandro viveva segregato dal mondo, nella grande casa bianca, in mezzo ai tigli. Strano che in tanto tempo Domenico non avesse pensato a fargli una visita. Una volta erano ottimi amici. Ma poi Sandro aveva cominciato a parlare un linguaggio incomprensibile, e quando si parlano linguaggi diversi è difficile restare amici.

- Hai interrotto la battaglia - disse poi Sandro. - A quest'ora, di solito, viene il professor Ronchi, ora sei venuto tu. Era quasi alla fine. Oliviero è già caduto da un pezzo sotto i colpi del califfo di Cartagine. Siamo rimasti soli, io e l'arcivescovo, ma anche l'arcivescovo ha lo scudo trafitto, la corazza smagliata e quattro lance in corpo. Eppure combatte ancora, e i saraceni muoiono.

- Scusa, Sandro. Tu sei stato sempre così ragionevole...

- No - disse Sandro. - Non sono così sciocco da *credermi* Rolando. Ce ne sono tanti qui che credono di essere qualcuno, ma non lo sono. Io, invece, *sono* Rolando.

- Non capisco.

- Hai paura di capire. Sono Rolando. Ecco: la mattina cavalco felice a capo della retroguardia di Carlo Magno. Ho accanto a me Oliviero e l'arcivescovo Turpino e i dodici Pari di Francia. Cavalco felice e orgoglioso, perchè sono nipote dell'imperatore e conte di Bretagna e ad Aquisgrana mi aspetta la mia fidanzata, Alda dalle bianche braccia. Cavalchiamo su sentieri petrosi, fra alte montagne, ed entriamo nella gola di Roncisvalle. Intanto i saraceni sono sulle nostre tracce: Ganelone ci ha traditi e gli uomini di re Marsilio si

avvicinano. Oliviero sale su un'altura e li vede e vuole che suonino il corno, ma io non accetto. Daremo battaglia, dico, se sarà necessario; il nipote di Carlo Magno non chiama nessuno in aiuto. E la battaglia comincia. E' meravigliosa, è un turbine, così dice il poema. I dodici Pari combattono come leoni e spezzano le lance, squarciano gli usberghi dei saraceni. Cadono i re pagani, i re negri che adorano Apollo e Maometto.

Il sole è alto e scalda le rocce e la battaglia infuria. Arriva re Marsilio col suo esercito: sono venti colonne. Brillano al sole le loro pietre preziose, i loro elmi dorati. Ma ora cominciano a cadere i miei baroni: Valdabruno, re di Gerusalemme, uccide il duca Sansone, e Grandogno, figlio del re di Cappadocia, uccide Gerino e Geriero e Berengario. I miei cavalieri sono addolorati: «Come cadono i nostri», dicono. Poi, sotto i miei colpi, cadono Valdabruno e Grandogno. E i cavalieri dicono: «Colpisce bene il nostro comandante». Grida spaventato re Marsilio: «O, gran paese, ti distrugga Maometto». Ma i nostri cadono. A che serve suonare il corno d'olifante? Carlo Magno mi sente e si scuote, ma vicino a lui c'è Ganelone, e l'imperatore continua a cavalcare.

«Le montagne sono alte, enormi, tenebrose, le vallate profonde, i torrenti rapidi». Così dice il poema. Carlo Magno cavalca e la barba bianca gli copre la corazza. Frattanto sono caduti Anselmo e Engeliere di Bordeaux, e Ottone, e Gualtiero, e Buovo, e Girardo di Rossiglione. A che serve che Marsilio, col pugno mozzato, se ne scappi coi suoi ventimila pagani? Rimane a darci battaglia suo zio, il califfo di Cartagine, di Alferna, di Garmaglia e di Etiopia, coi suoi negri. E Oliviero cade gridando *Montjoie*, il grido di battaglia di Carlo Magno.

A questo punto viene, di solito, il professor Ronchi e tutto s'interrompe. Ora sei venuto tu. Ma la battaglia continua. Cadono i cavalieri tutti e cadono giganti, armeni, saraceni e turchi. Ma anche l'arcivescovo è ferito: ha lo scudo trafitto, l'elmo rotto e quattro lance in corpo. E muore. Rimango solo con la mia spada Durendal e sono pallido e stanco. E' inutile che suonino l'olifante: Carlo Magno mi sente e si scuote, ma

non verrà. Quando verrà, sarà troppo tardi: all'ombra di due frassini, steso sull'erba, io, il conquistatore della Bretagna, del Poitou, della Normandia, della Romagna, della Lombardia, della Baviera, delle Fiandre e della Polonia, conquistatore di cento paesi per la gloria di Carlo Magno dalla barba bianca, sarò già morto, con gli occhi volti alla Spagna, la terra dei pericoli. Non ci sarà più nemmeno un saraceno ma anche la mia rotta sarà definitiva.

– Ma, Sandro...

– No, Domenico. Tu hai paura di capire. La mia tragedia è la tua, ma tu non vuoi capire. La mia rotta non finisce mai. Io invidio l'altro Rolando: è morto una volta sola e non lo sapeva. Combatteva con orgoglio e fiducia. La mia rotta, invece, ricomincia ogni mattina, e ogni sera, stanco, rimango immobile ed esangue sotto i frassini di Roncisvalle. La mattina cavalco felice, perchè sono nipote di Carlo Magno e conte di Bretagna e ad Aquisgrana mi attende Alda dalle bianche braccia. Fingo di cavalcare felice, ma so che i saraceni m'inseguono. E la battaglia comincia, è meravigliosa, è un turbine, ma io so come finirà: ho letto tante volte il poema. Le montagne sono alte, enormi, i torrenti rapidi. Perchè tento di infondere coraggio ai cavalieri? Soltanto perchè si compia il destino? Ben so che moriranno tutti: Sansone, Gerino, Geriero, Anselmo, Engeliere, Ottone, Buovo, Gualtiero, Girardo e Berengario e, alla fine, anche Oliviero e l'arcivescovo Turpino, e io non potrò farci nulla. Suono, come per un rito, il corno d'olifante, ma so che Carlo Magno, per quanto mi senta, non verrà, verrà troppo tardi. E sempre gli stessi consigli di Oliviero, gli stessi semplici commenti dei baroni, le stesse ridicole grida dei pagani. La mia giornata comincia e finisce a Roncisvalle e così sarà sempre.

– Sandro – disse Domenico –, credo di capire. Ed era veramente un po' commosso.

– No, non capisci. Perchè, se capissi, saresti tu qui, in questa stanza, e io al tuo posto andrei a spasso con belle ragazze. Ma voi avete paura di capire. Non c'è nessuna differenza fra me e voi. La mia pena è la vostra, tua, del professor Ronchi, dell'ingegnere, del sacerdote. Siete tutti tanti Rolandi. La mat-

tina cavalcate felici. Sfidò io: siete nipoti di Carlo Magno e conti di Bretagna e ad Aquisgrana le Alde dalle bianche braccia vi attendono. Cavalcate felici, ma sempre col timore dei saraceni che vi inseguono. Sono alle vostre calcagna i pagani e il vostro valore non servirà a nulla. La battaglia è meravigliosa, è un turbine. Ma cadono i vostri amici, Geriero, Gerino e Berengario e tutti gli altri. E voi non potete aiutarli. E' inutile anche suonare il corno d'olifante: Carlo Magno vi sente e si scuote, ma accanto a lui c'è Ganelone, e l'imperatore - vecchio oramai, ha più di duecento anni - continua a cavalcare verso Aquisgrana. Cadono Oliviero e l'arcivescovo Turpino, cadono gridando assurdamente *Montjoie*, il grido di battaglia di Carlo Magno, e voi non potete aiutarli. Le montagne sono alte, enormi, tenebrose, le vallate profonde, i torrenti rapidi. A che cosa vi serve aver conquistato cento paesi per la gloria di Carlo Magno? A che cosa vi serve la vostra invincibile spada Durendal? I vostri destrieri cadono sotto di voi e Carlo Magno sente il vostro lamento, ma arriverà troppo tardi. Il sole brucia le rocce e si avvicina al tramonto. E voi continuate a combattere contro i pagani per il vostro folle orgoglio di nipoti di Carlo Magno e conti di Bretagna. Marsilio fugge, ma rimane il califfo coi suoi negri. E voi andate incontro alla vostra fine, lassù, sotto i frassini, col viso ancora volto alla Spagna, la terra dei pericoli. Carlo Magno, certo, vi vendicherà. Farà uccidere Ganelone, vincerà il califfo e l'emiro, conquisterà al suo impero Saragozza e alla legge cristiana Bramimonda, la sposa di Marsilio. Ma a che servirà? Voi non rivedrete mai più le Alde dalle bianche braccia, né Aquisgrana, né i tornei. Non uscirete mai da Roncisvalle, la vostra rotta sarà eterna; Roncisvalle non perdona.

- Ora sono le sei e devo andare - disse Domenico. E poi soggiunse una frase. Era una frase sciocca, sapeva che era sciocca, chissà perchè la disse: - Scusa, Sandro - disse -, ma, se tutti - io, tu, il professor Ronchi, l'ingegnere, il sacerdote - siamo Rolandi, chi sono gli altri? Chi sono i nostri Olivieri, i nostri Berengari, i nostri Carlo Magno?

- Non sono - disse Sandro. - Ma ora vattene. Ho sete e Turpino andrà a prendermi dell'acqua. Ma non arriverà alla sorgente: povero arcivescovo, ha quattro lance in corpo.

Domenico uscì. Nella stanza il sole bruciava ora le pareti bianche. La rotta si avvicinava alla fine quotidiana. Ma la battaglia era ancora meravigliosa, era un turbine.

(*Corriere Lombardo*, 23/24 giugno 1949)

Giuseppe e gli spiriti

Ricordi, Giuseppe? Il lago era, a destra, verde. C'era anche una brezza leggera? Non ricordo se ci fosse la brezza. Comunque, gli alberi rinverdivano e a sinistra c'era la montagna verde; soltanto in cima, macchie bianche.

Il carrettino scricchiolava (ricordi, Giuseppe?), carico di materassi e di legna. Di' la verità, Giuseppe, riconosci che ti aiutavo anch'io, quando la strada era in salita, e tu protestavi un po', non perchè la cosa non ti facesse piacere, ma perchè pensavi che poi non avresti più potuto con animo leggero chiedermi cento lire per un tragitto di un chilometro. Ma ti sbagliavi. In quel momento, chi sa come, io veramente non pensavo ai soldi che avrei dovuto pagarti: ti aiutavo perchè ti volevo bene.

E devi riconoscere anche tu che non era poca cosa volerti bene. Tu allora eri molto sudicio, Giuseppe. Lo sei ancora? Questo qui, con tutta l'acqua che c'è, non si lava mai, pensavo, e mi stizzivo con te, veramente mi stizzivo in cuor mio. Perchè non è vero che lo facessi per povertà. Oh, non voglio dire, so che eri molto povero. Anche il carrettino non era tuo, era preso in prestito. Anzi, fui io a chiederlo per te, perchè in te nessuno aveva fiducia. Certamente, ti credevano un ubriacone. So anche che non avevi casa, abitavi in uno sgabuzzino di una vecchia zia, mendicante anche lei ma più fortunata di te. Perchè tu, Giuseppe, è inutile nascondere, eri in fin dei conti un mendicante. Non è vero forse che mangiavi dai cappuccini, senza pagare un soldo? Ricordo benissimo. Alle undici e mezzo t'incontravo regolarmente sulla strada del convento, con in mano una latta arrugginita (mi rincresce dirtelo, ma anche la latta era sporca), in cui ti facevi dare il minestrone dai buoni frati. Poi lo mangiavi con le mani, mangiavi con le mani la pasta e le verdure e il brodo te lo sorbivi in ultimo.

Ma questi particolari sul tuo conto ti potranno sembrare inutili. Tu ne sei perfettamente al corrente. E, credimi, io te li ripeto ora soltanto per persuaderti che ricordo tutto, ogni minimo particolare. L'importante è però – che cosa dicevo? – già, che ti volevo bene. E non era poca cosa volerti bene, sudicio come eri. E ti aiutavo a spingere il carrettino quando la strada era in salita, il carrettino con materassi e legna, e tu protestavi, perchè pensavi che non avresti più potuto chiedermi cento lire (infatti, me ne chiedesti centoventi).

E che cosa mi dicevi? Ricordi che cosa mi dicevi? Dicevi prima di tutto: «Non è vero che io sia un ubriacone. La signora del carrettino se l'è sognato. Non è vero affatto». Ma, allora, Giuseppe, che cosa facevi di tutti i soldi che guadagnavi, se non spendevi nulla? Infatti, mangiavi dai cappuccini. Forse quella vecchia zia, visto che tu eri un po' sciocco (lo sei ancora?), te li rubava.

Poi, a un tratto, mi dicesti: «Lei che cosa crede? Che io sia stato sempre così? Ero ricco una volta. Avevo terreni e uliveti. Ah, se ne avevo di ulivi! E se ne facevo d'olio! E quanto! Ma poi le disgrazie, le sciagure, le malattie, i figli morti, la moglie al manicomio... Ora sono ridotto così. Ma ero un signore, una volta, avevo terreni e uliveti. Ed ero un signore buono. Io, se vedevo un povero, gli domandavo: hai fame? e lui mi rispondeva, mettiamo, sì. Allora lo portavo in trattoria e dicevo: dategli da mangiare quanto vuole e anche da bere, pago io!». E tu me lo dicevi per preparare il terreno, per poter con animo leggero chiedermi anche un pezzo di pane e un bicchiere di vino, oltre le cento lire (poi, però, me ne chiedesti centoventi). Me lo dicevi perchè intendevi chiedermi anche una camicia e un paio di scarpe usate.

Poi, d'improvviso, ci fermammo tutt'e due sotto due pini, all'angolo di un giardino. A destra c'era ora il castello e più a destra il lago verde. Si vedevano gli albicocchi in fiore. E tu dicesti: «Guardi! E' la primavera. Anche questo venticello è vento di primavera». (Che venticello? Mi sembra che non ci fosse nessun vento. Il lago, infatti, a destra, oltre il castello, non era increspato). E io risposi (ricordi come risposi?): «La primavera, che bello!». Ma tu non avevi finito: «La prima-

vera, però - così dicevi - è per i signori. Noi poveri non godiamo la primavera. Ce ne accorgiamo soltanto perchè non c'è più bisogno di scarpe». Ed eri furbo: ricalcavi la parola scarpe, perchè tu, buon briccone, volevi tuttavia un paio di scarpe, anche per la primavera, magari di tela. D'altronde, avresti dovuto contentarti, non ne avevo altre da darti.

Ma sotto gli alberi in fiore, con a destra ancora il castello, tu d'un tratto diventasti serio. «Ci crede Lei agli spiriti?» fu la tua domanda, e io risposi: «Perchè?» e sorrisi: nella tua domanda non sospettavo alcuna ansia. «Perchè, guardi - e così dicendo tartagliavi e sputavi, perchè tu, Giuseppe, avevi anche una notevole difficoltà di pronuncia - guardi, dicevi, io giorni fa ho trovato un pezzo di carta, un foglio, anzi un mezzo foglio strappato da chi sa che libro, e sopra c'era scritto: Se tu potessi, prosegui lo spirito, vederci realmente e vivere, se pure per un giorno solo, di vita puramente spirituale, non vorresti mai più tornare alla vita terrena».

E volevi spiegarmi la frase; si vede che ci avevi pensato a lungo: «Da qui si vede che è lo spirito che parla, è vero?», domandavi. E poi ti assalivano dubbi: «Ci crede Lei agli spiriti?». E io sorridevo e non dicevo più «Perchè?», dicevo: «No, son tutte stupidaggini». «E come, insistevi tu, se sul mio pezzo di carta stava scritto: Se tu potessi, prosegui lo spirito... Mi sembra che da qui si vede che è lo spirito che parla». E io mi ostinavo: «Ma no, son tutte stupidaggini». E pensavo: furbo lui, vuole cattivarsi la mia benevolenza, per poi poter chiedermi una camicia e un paio di scarpe usate. E tu le volevi veramente, caro Giuseppe, le scarpe e la camicia usate. E io te le regalai anche, se ben ricordo.

Ma tu mi lasciasti rabbuiato e, tornando sulla stessa strada, sotto gli alberi in fiore, con a sinistra il castello e il lago e a destra la montagna verde, tenevi la testa china. E io non sapevo perchè. Lo compresi più tardi: perchè credevi che io non ti volessi bene. Ti avevo dato le scarpe e la camicia, ma dei tuoi spiriti mi ero beffato. E avevi indovinato, Giuseppe, perchè realmente l'avevo fatto in cattiva fede. Mi dicevo: ma perchè devo proprio dare soddisfazione a costui, se lui non pensa ad altro che a fregarmi cento lire? E non capivo che a te poco

importava dei soldi.

Ora, Giuseppe, mi sono ravveduto e, in confidenza, ti devo dire una cosa: quel tuo pezzo di carta stampata non era un pezzo di carta qualsiasi perchè ne risultava chiaramente, come tu sostenevi, che gli spiriti parlano ai mortali.

Giuseppe, avvicinati: anch'io credo agli spiriti. Ma non dirlo a nessuno.

(Corriere Lombardo, 8/9 agosto 1949)

L'isola dei fiori rossi

Strano, stupido incontro sul tram. Lei non aveva denaro spicciolo; tutta rossa, voleva scendere, forse non ne aveva affatto. Se non le dispiace... Ma no, perchè?... Che vuole che sia, son poche lire, se permette, s'intende, e se non le dispiace. Quindi, per poche lire - un biglietto giallo - insieme per una così lunga corsa, tutt'intorno alla città. Passano chiese, ospedali, piazze, ponti e giardini. Ecco, io sarei arrivata dovrei scendere qui. Ma certo, anch'io sarei arrivato, vuol dire che farò un pezzo a piedi.

La prima via a destra, poi a sinistra. Ma di che parlare, come prolungare questo stupido incontro? I suoi capelli nerissimi, come sono lunghi e lucenti, quasi sfavillano nel buio dei platani. Lei è romana, non c'è nemmeno bisogno di chiederglielo. Studentessa, certo, s'era capito subito. E lui? E' veneto lei? Quasi: dalmata. Che bello, si potrebbe ora cominciare un discorso brillante e non sciocco sui canali della Dalmazia. Isole assolate, con pini e cipressi, immerse in acque così limpide, gorgoglianti appena nelle lunghe grotte. E che silenzio nei golfi, nelle acque limpide, fra quegli isolotti, che il placido vento appena increspa.

Oh, lei fa una vita così comune: all'università, a casa, poi di nuovo all'università e di nuovo a casa. Non esce mai, ha tanti fratelli piccoli e sorelle, deve occuparsene, deve accudire lei a tutte le faccende. Una noia indicibile, un tedio mortale, chiuso, senza speranza. I genitori che non vanno mai d'accordo, il piccoli che ti s'aggrappano alle gonne.

Non dica così - tanto per continuare l'inutile ragionare -, si sposerà e sarà felice. E' così carina, anzi, veramente bella. No, nemmeno questo. Sa già quale sarà il suo destino, sempre eguale come una strada che non finisce mai. Ha il fidanzato, glielo ha scelto la mamma: è un amico di famiglia, un brutto, un vero villano; dice di essere ragioniere, ma chi lo sa.



Continuerà quindi a rammendare, a cucinare, a fare la spesa, poi s'invecchia e basta.

Certo, se vorrà obbedire ai genitori, ma potrebbe anche non farlo. Già, chi mai potrebbe costringerla a sposare un uomo che non ama? Forse un giorno ne incontrerà uno che le piacerà, un uomo che potrà renderle le illusioni. La ragazza gli si stringe vicino: che mano calda ha lei. Fa bene sentire un po' di caldo, a casa mia fa freddo.

Lui, per esempio, non farebbe mai una cosa soltanto per obbedire alla volontà altrui. D'altronde, i suoi genitori non s'immischiano nelle sue faccende. Sposerà una ragazza che amerà e che gli vorrà bene, la porterà a casa, in Dalmazia, e loro saranno contentissimi. I suoi genitori non sono come quelli della ragazza: vecchi signori, non litigano mai. La mamma, in poltrona, lavora a maglia per lui; il babbo, davanti al caminetto, legge. La casa - ma veramente è una villa - è su un piccola isola vicino a Veglia. Tutta l'isola è sua. Vi sono scogli, ruscelli e prati che d'estate si coprono di fiori rossi. Chi sa che fiori saranno, forse semplicemente papaveri, ma sono veramente graziosi, con gambo sottile sottile e petali a coppa, vellutati.

Ma lei perchè si rassegna, perchè vuol sposare il ragioniere che non ama? La nostra felicità è nostra. Ma che genitori, ma che fidanzati, ma che fratelli e sorelle. E poi è una bella ragazza, vediamo se sa baciare. Non ho mai baciato così il mio fidanzato, dice.

Ora lei sarebbe arrivata davvero - che casa tetra e buia, immagino che sarà anche umida, così vicina al Tevere -; perchè non si fa un altro giro, ha forse freddo? No, che strano, con te non ho freddo e mi piace camminare.

Sui canali della Dalmazia, fra isole frastagliate, c'è, la mattina, una nebbiolina leggera, come un velo trasparente, e la brezza la fa vibrare; la brezza lievissima che gonfia le vele delle barche da pesca. I pescatori cantano, forse, ma il loro canto è così tenue; nei boschetti dell'isola dei fiori rossi rintoccano le campane dei montoni, sui prati saltellano agnelli, le api raccolgono il miele. Come sono belli e fragranti i favi appena cavati dagli alveari; è stupido mangiare il miele fari-

noso che vendono nei negozi in barattoli: certo, non può essere genuino. Là i suoi genitori lo attendono: un giorno vi tornerà con la sposa. Vediamo, vediamo se hai buon gusto, diranno i vecchi e saranno tanto contenti. A Veglia ci attenderà Giulia, la nostra barca. Se è grande? Ma certo, da qui a quell'albero. Remeremo dolcemente sino al golfo della mia isola e approderemo quasi in casa: la villa è proprio sulla riva, i gradini della scalinata sono bagnati dal mare. Più in là c'è una piccola spiaggia, protetta dai pini.

Come deve essere bella la tua isola coi boschetti, con la spiaggia, coi prati verdi e rossi d'estate. Sì, e il cielo è quasi sempre terso, l'aria fresca, la terra tiepida, l'acqua limpidissima.

Vedi, ragazza, che non è poi così difficile farsi nuove e più intense illusioni. Il tuo cuore sussulta, ti piace la mano calda di questo giovane non più sconosciuto, ti piace il suo modo di parlare, dolce e suadente. E come t'innamori subito. Vorresti che non finisse mai di baciarti, ti stringi più forte a lui, appoggi la testa alla sua spalla, non ricordi più che a casa ti aspettano. Non è difficile intuire che cosa pensi. Addio per sempre, stoviglie e noiosi fratelli. Addio, casa tetra e umida. A non rivederci mai più, ragioniere. Nel tuo desiderio segreto, una barca avanza da Veglia verso l'isola dei fiori rossi. Vola un gabbiano, poi un altro e un terzo e già si odono vicine le squille delle greggi; sui gradini della villa, due cari vecchietti attendono.

Non so darti torto, ma non posso darti ragione. Poichè l'isola dei fiori rossi non esiste. Non esistono i canali nè i gabbiani, forse non esiste nemmeno la Dalmazia. E tu lo sai.

(*Corriere Lombardo*, 30/31 gennaio 1950; in trad. spagnola: *Mundo Uruguayo*, 22/III/1951)

Indice

Cavalli neri sulla strada di Pietroburgo	7
Gli innocentisti	12
Al giardino botanico	16
La nave. Il fiume. Le tre sorelle	21
La macchia. Il lupo. La stagione delle piogge	25
Lupi in Calle Sucre	29
L'uomo col fiore in tasca	33
Mi chiamano ingegnere	35
Il cinema	40
Roncisvalle	43
Giuseppe e gli spiriti	48
L'isola dei fiori rossi	52